


12-2008

Ak y la humanidad: Una obra bajo sospecha

Pedro Cataslán García

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>

 Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

Recommended Citation

Catáslán García, Pedro. (2008) "Ak y la humanidad: Una obra bajo sospecha," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 22, pp. 167-195.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact bpancier@conncoll.edu.

The views expressed in this paper are solely those of the author.

AK Y LA HUMANIDAD: UNA OBRA BAJO SOSPECHA

Pedro CATASLÁN GARCÍA

Resumen

A principios de septiembre de 1938, a los nueve días de su estreno en el Español y en plena Guerra Civil, la obra teatral *Ak y la Humanidad*, original de la escritora Halma Angélico, y adaptación del cuento del mismo título del autor ruso Jefim Sosulia, fue suspendida por orden gubernativa tras una tensa polémica desatada en la prensa anarquista contra la obra y su autora.

Abstract

At the beginning of september 1938, nine days after its premiere at the Teatro Español and in the middle of the Spanish Civil War, the theatre performance *Ak and Mankind*, written originally by Halma Angélico, and adapted from the tale with the same title by the Russian author Jefim Sosulia, was cancelled by government act after conflict arisen in the Anarchist press against the author and her work.

Palabras clave: Censura, plagio, C.N.T., contrarrevolucionario, Guerra Civil.

Key words: Censorship, plagiarism, C.N.T., counter-revolutionary, Civil War.

1. LA OBRA Y SU AUTORA

En una sociedad intemporal, el Colegio de la Resolución Extrema ha decretado, sin apenas posibilidad de recurso, que aquellos ciudadanos que sean declarados inútiles y superfluos deben quitarse la vida en veinticuatro horas, y si ellos no son capaces por sí mismos por debilidad o indecisión, la ejecución la llevará a cabo un familiar, un amigo, un vecino o individuos especiales armados. Esta decisión ha desencadenado el pánico entre la población y al mismo tiempo miles de procesos, expedientes y una burocracia imparable. Los juicios se suceden y repiten mecánicamente para seleccionar, con dictámenes médicos y psicológicos expeditivos, qué ciudadanos son superfluos y tienen que ser eliminados. Ak, el máximo responsable de esta demencial estrategia para mejorar la humanidad, rodeado de los miles de expedientes de los que ya han desaparecido, empieza a tener dudas sobre la eficacia del sistema impuesto cuando escucha a diario la voz de su madre, víctima del mismo decreto al ser considerada en su momento ciudadana superflua.

Inopinadamente, Ak desaparece un día y los hombres y mujeres pueden volver a respirar un poco más de libertad. Cuando Ak regresa, las cosas toman un nuevo rumbo: se de-

creta que todos tienen derecho a la vida y se crea el Colegio de la Ternura Extrema. Los funcionarios ahora se interesan por la felicidad de los habitantes y los expedientes se convierten en «actas de la alegría». Pero mientras la percepción de Ak sobre la nueva situación para cambiar a la humanidad sigue siendo pesimista, la voz de la madre reivindica la fuerza creadora de los humanos y de la naturaleza frente a los partidarios de la destrucción y la muerte.

Éste es, en síntesis, el argumento de la obra de Halma Angélico Ak y *la Humanidad*, adaptación teatral del cuento del mismo título del escritor ruso Jefim Sosulia. Este cuento fue editado en Madrid por la editorial Zeus en 1930 en el volumen titulado *Escritores de la Rusia revolucionaria. Veinte cuentistas de la nueva Rusia*, en versión de V. Orobón Fernández. Esta selección incluía, además de Jefim Sosulia, textos de otros escritores contemporáneos y se ofrecía, al final del volumen, una breve nota biográfica de cada uno de ellos, lo que nos permite conocer algunos datos de Sosulia:

Jefim Sosulia nació en Moscú, en 1891. Hijo de un empleado de comercio. Pasó la mayor parte de su juventud en la ciudad industrial de Lodz. En 1905 fue detenido por sostener relaciones personales con algunos dirigentes de las grandes insurrecciones. Se le mantuvo largo tiempo en prisión. Al recobrar la libertad se propuso emigrar a América, y por esto aprendió un «oficio internacional», es decir, se hizo pintor de muestras y fachadas. A los diez y ocho años escribió su primer cuento. Después trabajó como folletonista (sic), repórter y redactor en Odessa y más tarde en Leningrado. Su dominio principal es la prosa breve y humorística.

Halma Angélico, en una entrevista concedida a *Mundo Gráfico* a principios de agosto de 1938, durante los ensayos de la obra, explica que conoció el cuento original «hace siete o nueve años», y su lectura le produjo un efecto intensísimo, y este mismo efecto se volvió a repetir en 1936, iniciada ya la guerra, en una segunda lectura del texto (*Mundo Gráfico*, 10-8-1938: 4). Este positivo juicio sería, probablemente, lo que impulsaría a la escritora a llevar a cabo su adaptación teatral.

La obra en cuestión posee la particularidad de tener como autora a una de las pocas mujeres que en esos años se dedicaban a la escritura teatral y, probablemente, la única que estrenó durante los años de la Guerra Civil. Antes del estreno, la obra fue publicada por la editorial Aguilar, y Halma Angélico incluyó esta dedicatoria: «A Indalecio Prieto, perseverante voluntad, que piensa, siente y crea. H.A.». Hubo una posterior reimpresión de Ak y *la Humanidad* que recoge las críticas publicadas en la prensa a raíz del estreno en el teatro Español.

Halma Angélico es el seudónimo de la escritora María Francisca Clar Margarit, nacida en 1888 en Palma de Mallorca y fallecida en Madrid en 1952 a los 64 años. Hija de Francisco Clar Ryus, militar de profesión, y Francisca Margarit Conde, pasó su infancia en Luzón, adonde se trasladó la familia al ser nombrado el padre gobernador de la isla. Tras la guerra hispano-estadounidense de 1898, que supuso la pérdida de las últimas colonias españolas y la independencia de Filipinas, la familia regresó a Madrid, donde Halma realizó sus estudios y entró en contacto con el mundo teatral e intelectual de la época. Se casó con veintidós años y tuvo dos hijos, pero se separó del marido muy pronto y empezó a publicar cuentos y artículos en la prensa española e hispanoamericana para ganarse la vida: *ABC*, *Blanco y Negro*, *Heraldo de Madrid*, y en revistas femeninas como *Mujer* y *Mundo feme-*

nino. Tomó parte en diversas organizaciones femeninas, como la Asociación Nacional de Mujeres Españolas –de la que fue vicepresidenta en 1935–, la Unión de Mujeres de España, y llegó a ser presidenta del Lyceum Club Femenino, la última en ocupar dicho cargo.

Antes de la Guerra Civil, y con el seudónimo de Ana Ryus, publicó dos obras dramáticas: *Los caminos de la vida* (1920) y *Berta* (1922), que no son sino primeras versiones de dos obras posteriores que firmaría ya como Halma Angélico. La primera de ellas se convertiría en la obra *Entre la cruz y el diablo* (1932), y la segunda en *La nieta de Fedra* (1929). *La nieta de Fedra* se publicó con el subtítulo de «Teatro irrepresentable», subrayando así la propia autora las dificultades, por su temática y sus características formales, para su puesta en escena. En cambio, *Entre la cruz y el diablo* fue estrenada en el teatro Muñoz Seca de Madrid en junio de 1932, convirtiéndose en un gran éxito para su autora. La última obra que publicó antes de la guerra llevaba por título *Al margen de la ciudad*, y apareció en el volumen colectivo *Teatro de mujeres*, editado por Aguilar en 1934 y con prólogo de Cristóbal de Castro, en el que figuraban, además, los textos de Pilar Valderrama y Matilde Ras. *Al margen de la ciudad* no llegó a estrenarse. Además de su producción dramática, Halma Angélico escribió varias obras de narrativa: *La mística* (1929), *El templo profanado* (1930), *La desertora* (1932) y *Santas que pecaron* (1935).

Al iniciarse la Guerra Civil, Halma Angélico se afilió a la CNT, sindicato en el que permaneció hasta 1938, cuando el 1 de septiembre hizo pública en varios medios periodísticos la carta que envió al dirigente de la C.N.T., Eduardo de Guzmán, comunicándole su baja en el Sindicato por las injustas críticas vertidas en la prensa libertaria contra su obra. Es conocido que, en esos años, la C.N.T. englobó en su Sindicato Único a la mayoría de los artistas y técnicos del teatro, sin que eso significara, lógicamente, un viraje ideológico de los nuevos afiliados. Los escritores, por otro lado, no tenían obligación de sindicarse, por lo que resulta significativa la actitud de Halma Angélico, aunque, como tendremos ocasión de comprobar, esta situación le acarreó serios problemas.

Al terminar la guerra, permaneció encarcelada durante tres meses, y salió exculpada y en libertad al cabo de ese tiempo. Su figura y su obra cayeron en un injusto olvido y falleció en Madrid a finales de 1952.

2. EL ESTRENO Y LA POLÉMICA

La primera noticia que hemos encontrado en prensa sobre el proyecto de estrenar la obra de Halma Angélico aparece publicada en el *Boletín de Orientación Teatral*, el 1 de junio de 1938. Los periodistas ya habían asistido a una lectura previa de la obra que tuvo lugar en el hotel Ritz, y sólo faltaba conocer la decisión de la Junta de Espectáculos:

UNA OBRA INTERESANTE

Halma Angélico estrenará próximamente. Creemos que en lo que va de guerra es la primera vez que una mujer va a asomarse al palco escénico. La crítica en reunión privada con las autoridades de Madrid, ya dio su fallo. Es una obra que necesita estar dirigida, hacerla, no decirla o escucharla. Sólo Halma Angélico podrá terminar de poner en pie sus personajes. La Junta de Espectáculos debe dar a la escritora todo su apoyo. Halma Angélico ya fue directora de un grupo de arte como presidenta de la Sección de Literatura del Lyceum Club. También

hay en Madrid otro director de teatro femenino, se llama Pura Ucelay. O es que hemos olvidado ya *Lilión*, el *Trovador* o *Peribáñez*. Ella, con Federico García Lorca, hizo en el Club Anfistora un teatro experimental auténticamente bueno.

La obra de Halma Angélico se llama *Ak y la Humanidad*, y es la adaptación de un cuento ruso. Aún no sabe la Junta qué teatro lo estrenará. Auguramos un gran éxito. Así lo merece por su labor de antes y de ahora Halma Angélico (*Boletín de Orientación Teatral*, 1-6-1938: 7).

Un mes más tarde, el 6 de julio, se inserta en la sección de *Espectáculos* del diario *ABC*, un anuncio del próximo estreno de la comedia (*ABC*, 6-7-1938: 5). Después de este segundo anuncio no volvemos a encontrar referencia a la obra hasta primeros de agosto, en que se publica la interesante entrevista, ya citada, con la autora en *Mundo Gráfico*, donde explica los orígenes del texto y el desarrollo del montaje. Durante la misma ya adelanta la colaboración de Mignoni para la realización de los decorados, una garantía de éxito dada la excelente reputación del escenógrafo italiano. La entrevista aparece ilustrada con una fotografía de Halma Angélico acompañada de los dos primeros actores de la compañía, Carmen Muñoz Gar y Manuel González –que ejercía también como director de la obra– durante una pausa de los ensayos.

TEATRO BAJO LA GUERRA ANTE EL INMEDIATO ESTRENO DE *AK Y LA HUMANIDAD* EN EL TEATRO ESPAÑOL

«Es como un hijo prohijado», dice «Halma Angélico»

Cómo nació *Ak*

En el Teatro Español se ensaya activamente *Ak y la Humanidad*. La nueva obra teatral de Halma Angélico llega a la escena envuelta en una atmósfera de interés y curiosidad. *Halma Angélico* –nada menos que todo esto, tan difícil, tan escaso: una personalidad– da siempre a su obra –muy varia: teatro, novela, ensayo– un acento de inquietud. Así también, ahora, este *Ak* que nos trae su fe, su amor y su dolor a una escena madrileña.

Ensayan los actores en la escena en penumbra. Entretanto, en un rincón de la sala, la escritora va recordando cómo nació su obra:

[Ilegible] dice –de un cuento del escritor ruso contemporáneo Jefim Souza (sic), una docena de páginas que yo leí hace siete o nueve años. El efecto que su lectura me produjo debió de ser intensísimo si se tiene en cuenta que al caer el libro en mis manos y repararlo en el año 36 –en pleno dolor ya de nuestra lucha trágica– observé que en el final de página donde el cuento terminaba yo había escrito «¡Magno!», sintetizando así la emoción y admiración de juicio que me había causado.

– ¿Y en esa segunda lectura?

– ... Se confirmó mi opinión. Y ahí está *Ak*, como un hijo prohijado y amadísimo que otro ser potente concibe –el ingenio de Jefim Sosuha (sic) en este caso, a quien dirijo desde aquí mi fraternal saludo con respeto y admiración–, que otra naturaleza y otro temperamento trae a la vida, sano, robusto, sin tara congénita ninguna, lleno de posibilidad; viable para robustecerse en él lo que trae innato y que otro ser recoge cuidadosamente, mimándole, viéndole crecer, desarrollarse, hasta convertirle en un hijo apto y emancipado absolutamente del progenitor y del padre adoptivo para caminar solo, defenderse y bastarse a sí mismo y engendrar a su vez.

«Nunca puede ser baldío el sacrificio de un hombre, una colectividad o un pueblo»

– ...Porque mi aspiración por *Ak* es ésa: que engendre. Le veo tan grande, tan recio y áspero, tan magno, que espero ver surgir de él mismo lo que le supere y complete superándole. Esto es, que de su cantera, del bloque inmenso que nos da su temperamento, broten otras moles más extensas, perfectas y acabadas; la obra constructiva, en fin, donde el personaje muestre en toda su grandeza la realización de sus ideales.

La palabra de *Halma Angélico* asciende del caso concreto del personaje y de la obra a la emoción universal que hay en ellos. Un tema particular se convierte así en el gran tema de hoy, en el tema del mundo en esta hora.

– ...El inmenso sacrificio de un hombre, de una colectividad o de un pueblo nunca puede ser baldío. En nuestra propia carne tendremos el ejemplo y lo comprobaremos. Yo no dudo. Camino y espero siempre con seguridad absoluta en mi patria y en mi raza.

La buena suerte de *Ak*

Una transición. La escritora vuelve al tema concreto de su obra escénica.

– ...*Ak* ha tenido suerte desde que se dio a conocer. Eso sí, de no haber dado en principio con la comprensión de un temperamento ecléctico y superior, es posible que la obra durmiese en el olvido, sin que sus páginas hubieran sido comprendidas. Después tuvo *Ak* también una concurrencia *preparada*, libre, ecuánime, para escucharle, juzgarle y aprobarle: la Junta de Lecturas y la de Espectáculos, que la aceptan y acogen; el Ayuntamiento –nuestro alcalde– tiene una solicitud para que fuese en el Teatro Español donde se representase la obra.

El director, los actores y el pintor

– Más tarde ya está la obra en manos de Manuel González. ¿Qué puede añadirse a la competencia, tan demostrada, de este nombre como actor y director? Sin embargo, algo más puede decirse, y nunca será bastante. Manuel González ha tenido y tiene que trabajar ímprobamente en la obra. Es obra de director. Sin él, la comedia no podría salir de las páginas del libro, porque sería matarla. Como tantas que precisan una acción intensa. Pues bien: Manuel González se supera en aptitud moviendo un sinnúmero de personajes. Como actor, el público habrá de tributarle una vez más su homenaje. Con él caminan hacia el éxito todos los artistas de su Compañía, dúctiles, disciplinados, llenos de interés por el conjunto, como verdaderos artistas modernos. Pero la suerte de la obra va más adelante: Mignoni ha creado unas decoraciones admirables, que dan amplitud magnífica al ambiente de la obra y seguridad de acción donde los hechos se desarrollan. Y dejo de intento para el final algo que quiero decir y dedicar a la primera actriz del Español, Carmen Muñoz Gar.

La actriz

– ...El vibrante temperamento de esta mujer, la calidad de él, está nivelado con su generosidad para mostrarse propicia en cuantas ocasiones el arte la reclama. Conmigo ha extremado su condescendencia y su comprensión –que nunca habré de agradecerle bastante– aceptando espontáneamente en *Ak* un papel del que ella no necesita para nada, puesto que no puede en él dar lucidez a sus dotes extraordinarias; pero, eso sí, el *papel necesita de ella*. Por todos estilos. Hay que prestarle fuerza moral; hay que decirlo; hay que sentir lo que se dice. En fin, precisa de la figura cumbre para salir a escena con toda autoridad junto a *Ak*.

Madrid

Alguien reclama desde el escenario la presencia de la escritora. Por sus palabras últimas cruza, más allá del teatro y del ensayo de la obra y de la creación, un acento emocionado.

– ... ¡Qué gran orgullo íntimo y expresado este de sentirme española con todos los imperativos del deber acrecentado a que este título nos obliga a quienes en dos años consecutivos, día por día, hemos laborado en este entrañable Madrid, risueño, audaz, trágico, animoso, torturado y valiente y heroico de todos los dolores; este Madrid donde casi toda mi vida se deslizó, y al que amo hasta el sacrificio de no haberlo querido dejar en sus horas de agonía, con fe absoluta en su resurrección final. (*Mundo Gráfico*, 10-8-1938: 4).

Dos semanas más tarde aparece una gacetilla en *El Socialista* anunciando el inminente estreno de la obra, y *ABC* también incluye en su *Cartelera*, los días 24 y 25 de agosto, el ensayo general y la primera función (*ABC*, 24 y 25-8-1938: 6).

ESTRENO INTERESANTE

Mañana se estrenará en el Español la comedia *Ak y la Humanidad*, adaptación de un cuento ruso, hecha por la notable escritora Halma Angélico (*El Socialista*, 24-8-1938: 2).

Sin embargo, el esperado estreno no se produjo en la fecha anunciada, sino que se aplazó, por dificultades de montaje, hasta el día 26, como advierte el propio periódico ese mismo día (*El Socialista*, 26-8-1938: 2; *ABC*, 26-8-1938: 6). El sábado 27 de agosto se publican las primeras críticas en la prensa tras la noche del estreno. *ABC*, *El Sindicalista*, *C.N.T.*, *La Libertad*, *Claridad*, *Política* y *Heraldo de Madrid* son los periódicos que se hacen eco en sus páginas de la recepción del público y la crítica del texto y el montaje de *Ak y la Humanidad*.

El crítico de *ABC*, tras ofrecer un breve resumen del argumento, elogia las dos primeras partes de la obra, así como la escenografía de Mignoni, pero manifiesta cierta decepción por el desenlace de la misma:

ESPAÑOL: AK Y LA HUMANIDAD

Jefim Sosulja, uno de los mejores cuentistas de la nueva Rusia, plantea en una de sus pequeñas obras maestras el tema de la mejora de la sociedad, de la formación de una Humanidad nueva, por la depuración de sus individuos.

En una sociedad cualquiera, nos presenta a un hombre –Ak– investido de poder omnímodo sobre sus compatriotas, que decide poner en práctica la sublime idea de un mañana perfecto. Para ello, psicólogos y médicos, constituidos en Tribunal Supremo, examinarán, uno por uno, a los ciudadanos, fallando cuáles son los que merecen seguir viviendo, y quiénes, considerados superfluos, han de desaparecer, eliminarse, en veinticuatro horas.

Pero cuantos más mueren, mayor es la duda de Ak sobre la justeza del camino emprendido. «Al estudiar detenidamente a los vivos –dice– se saca la consecuencia de que las tres cuartas partes deben desaparecer, y al pensar en los muertos no se sabe si lo cierto hubiera sido amarlos y compadecerlos». Entonces intenta probar a redimir a los humanos por la bondad, por la comprensión mutua, por la creación de un Tribunal de la Tolerancia, encargado de hacer fácil y alegre la vida a todos. Pero sus súbditos se muestran quisquillosos, mal educados, violentos... Y Ak desaparece un día –tras volver a cruzar por su mente la idea de que la salvación está en la muerte–, dejando a la pobre Humanidad irredente, entregada a su destino.

En esta fantasía filosófico-humorística ha encontrado la distinguida escritora Halma Angélico materia para una «comedia en dos partes y cinco acciones» –prodigiosamente escenografiadas por Mignoni–, de las que son perfectas las dos primeras. La comediógrafa

experta que conocimos hace seis años, a través de su primera obra, *Entre la cruz y el diablo*, se ofrece en completa sazón en la jornada inicial, añadiendo –extrayendo, mejor– a las páginas de Sosulja ideas y personajes tan acertados como el intelectual y la madre muerta de Ak. El final de esta parte –interrumpida numerosas veces con grandes ovaciones– valió a Halma Angélico un triunfo resonante, y el telón se levantó en su honor repetidamente.

Luego, el panorama cambió algo. El armario rosa de Ak no facilitó tanta materia dramática como el gris, ni la adaptadora se atreve a desenlazar lo que Sosulja dejó sin desenlace, y el éxito final fue más flojo, sonando los aplausos menos en honor de las «acciones» últimas que en recuerdo de las anteriores.

Manuel González dotó a Ak de sus intrincados perfiles con sobria naturalidad elocuente. Además montó la obra como es su costumbre y de forma poco corriente en nuestro clima escénico. (¡Y pensar que hace unos días se hablaba de cerrar el Español!). Del conjunto –la comedia no se presta a individualidades– destacaron, además, Llorens y Rivero.

En resumen, una jornada de arte, solo deslucida por esa nueva costumbre de convertir las salas de los teatros en colonias infantiles. ¿No habría manera de prohibir la entrada a los niños menores de siete años, señores de la Junta de Espectáculos...? SAM (*ABC*, 27-8-1938: 5).

Pero es en el periódico *C.N.T.*, órgano de la Confederación Nacional del Trabajo, sindicato en el que militaba Halma Angélico, donde aparecen las primeras críticas negativas a la obra. Al desconocer el cuento original en que se inspira, no profundiza el crítico en su originalidad o adaptación, como se haría días después, pero sí anuncia ya la idea de calificarla de contrarrevolucionaria.

EL TEATRO

Español: *Ak y la Humanidad*, comedia en dos partes y cinco acciones, por Halma Angélico.

¿Está inspirada solamente esta pieza, como confiesa la autora, en un cuento original del escritor ruso contemporáneo Jefin Sosulia? Estamos por declarar que no. El tema y los personajes acaso pertenezcan, seguramente al cuento del escritor ruso. Como no lo conocemos, no estamos en condiciones de saber hasta qué punto se ha servido de ellos Halma Angélico. Pero aunque el cuento haya sido el inspirador, nosotros vemos múltiples interferencias. Ayer mismo, mientras asistíamos a la representación, acudió a nuestras mentes el drama de Saint Georges de Bouhèlier, *Le sang de Danton*. Acaso por la propia figura de Manuel González, magra y esbelta, que encarnaba el personaje de Ak, se nos venía a las mentes el Robespierre del autor francés. Y en la sombra de la madre veíamos la sombra de Danton.

En la concepción teatral, y en el desarrollo escénico se advierten asimismo influencias notorias de las nuevas tendencias teatrales que han vuelto los ojos al teatro griego y del Renacimiento como manera de romper las inflexibles reglas que la preceptiva asignaba al arte dramático durante todo el siglo XIX. La técnica se ajusta a la subdivisión de cuadros y al manejo de abstracciones personificadas y de «masas». Pero hay que decir que es aquí donde falla precisamente la obra de Halma Angélico. *Ak y la Humanidad* no está lograda escénicamente. Tiene un primer acto o una primera parte aceptable, y un segundo acto o segunda parte completamente pueril y desdeñable. Nos lleva la autora a un mundo imaginario, donde, triunfante la revolución, el hombre que la simboliza pretende realizar una utopía: suprimir la escoria humana para crear una nueva Humanidad limpia de lacras y de debilidades. Crea el Consejo de la Revolución Extrema, encargado de discernir científicamente los hombres útiles y los inútiles. Estos tienen que suprimirse voluntariamente o son ejecutados. Cuando se halla Ak, el justo, en plena tarea de saneamiento, le asaltan las dudas de estar

empleando un procedimiento cruel y estéril y de haber equivocado el camino para lograr una Humanidad mejor.

Estas dudas toman corporeidad ante los espectadores en la sombra de la madre y el protagonista, que fue también sacrificado por la sentencia inapelable del Consejo de la Revolución Extrema. Pero no solamente son dudas: son, también, remordimientos. Es la conciencia la que se despierta y proclama los fueros de la Humanidad. Es la conciencia la que, en fin de cuentas, dice al revolucionario, en plena fiebre por llevar a la práctica sus ideas renovadoras, que la matanza es inútil y que nada en la vida hay superfluo. El revolucionario se arrepiente de su obra y a la política de extirpación sucede la de una ternura que llega a los lindes de la estupidez. Tampoco es este el camino, y la sombra de la madre le dicta el verdadero: para que la Humanidad avance no hay otro método que el amor y la enseñanza.

Este apólogo, que tiene evidentes huellas contrarrevolucionarias, se sostiene en la escena únicamente por la fuerza humana de dos episodios: el de una familia gris y neutra, que no cometió más delito que no hacer nada y cruzarse de brazos ante la revolución, que protesta contra su sentencia de muerte, y el de un personaje que representa la inteligencia y el espíritu y del cual se mofan bárbaramente dos jayanes que no pueden ostentar más título de su derecho a la vida que su fortaleza física. Pretenden estos jayanes ridiculizar y menospreciar el poder de la inteligencia y del espíritu. Ellos, con su riqueza vital, están seguros de crear hijos robustos y sanos, mientras que el infeliz escritor, o poeta, o genio, que tiene una naturaleza endeble y enfermiza, sólo podría dar al Mundo seres raquíticos. Pero el escritor, el poeta o el genio, se escapan a las leyes físicas. Los jayanes podrán dar al Mundo seres robustos y sanos, pero que aumentarán las muchedumbres de esclavos. El espíritu lanzará al Mundo semillas de progreso y de idealidad.

Estos dos episodios determinaron el éxito de la obra. El público, vivamente impresionado, prorrumpió en calurosos aplausos. Pero aquí también se terminaba todo el valor artístico de la pieza teatral de Halma Angélico. Los episodios en cuestión fueron admirablemente interpretados por Gonzalo Lloréns y José Rivero.

Manolo González logró aciertos de expresión en el ambiguo persona(je) del protagonista, y Carmen Muñoz Gar dio a la sombra de la madre acentos expresivos. La postura en escena fue algo arbitraria. El decorado nos situaba en una ciudad extraña, de enormes edificios de cemento, que trastocaban todas las leyes físicas conocidas. Se inclinaban en todas direcciones, hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia delante y hacia atrás, guardando un maravilloso equilibrio, pero que tenía en vilo a los espectadores, porque a cada instante se temía que se vinieran abajo con estruendo horrísono. En cambio, el vestuario nos situaba en una época atrasada. La revolución de la que se habla en la obra no había conseguido desterrar el chaqué, la levita, ni el sombrero de copa (*C.N.T. Órgano de la Confederación Nacional del Trabajo*, 27-8-1938: 1).

El Sindicalista coincide con las dos críticas anteriores en resaltar la primera parte y las dificultades que se encuentran en la segunda, y destaca el alegato contra la base destructiva inicial que conlleva cualquier revolución.

EL TEATRO.

Español.— *Ak y la humanidad*

Plantear el gran problema humano del mejoramiento social y ético del hombre es antigua tesis que viene debatiéndose en la escena por distintos caminos. La evolución fue ruta indicada por unos, y la revolución, por otros. Plasmar la forma de llegar a ese fin constituye el fermento vibrante de todos los pensadores y dramaturgos o comediógrafos.

En *Ak y la humanidad*, un choque revolucionario nos sitúa en la pendiente renovadora que ha de dar a luz una nueva conciencia humana. Para ello se elimina de la sociedad a los superfluos, gentes consideradas como tales por el tribunal de las resoluciones extremas. En una categoría están incluidos todos los que no tomaron parte activa en la revolución o arrastran una existencia sin utilidad pública.

La medida conduce, según el autor, a que se cometan injusticias, se cree una burocracia servil de depuradores superfluos y, por último, nazca una sociedad peor que la existente al poner en práctica tan enérgico proceder.

La revolución bienhechora, soñada por Ak, fracasa porque la materia del hombre puede escamotearse: pero su espíritu subsiste, y él reengendra lo que parecía eliminado con la muerte de los superfluos.

Sólo el amor y el buen encauzamiento de las actividades humanas puede dar cima satisfactoria a empresa tan hermosa como la ideada por el protagonista.

La comedia de Halma Angélico, inspirada en un cuento del escritor ruso contemporáneo Jefin Sosulia, tiene momentos de hondo patetismo y de intensidad dramática en el primer acto –las dos primeras «acciones»–, lo mejor de la obra, donde se alcanza la cúspide de las promesas teatrales, porque allí todo se ve. Tengamos en cuenta que los escenarios son para que el público presencie los sucesos en la acción dibujada. No basta hablar. Acto este primero que estaría completo si los tipos de superfluos que cita el relator fueran más agudos, más universales y menos alusivos a episodios cercanos a nosotros.

Lo difícil de escribir en esta comedia es el último acto, el que corone la gesta maravillosa apuntada. Pero sin duda es más cómodo diluir en tres acciones el suceso eje, el problema cósmico de gran altura conceptual.

Para nosotros, *Ak y la humanidad* es un buen esquema de obra cumbre, y un alegato contra todas las revoluciones, por la base destructiva que encierran en su primera etapa.

Lo más estimable de la obra es el intento que la anima de hacer un teatro digno, navegando por los senderos del arte.

Manuel González encarnó con gran acierto el papel de Ak y también merece elogios como director de escena. El resto de la Compañía se mantuvo a estimable altura, destacándose en la interpretación Carmen Muñoz Gar, perfecta de dicción en «la sombra de la madre»; Consuelo Pastor, Carmen Villa, Amelia Noriega, María Robles, Auguria Martín, Lucrecia Arnay, Carmita Arenas e Hisal de Varim.

De los actores, José Rivero y Gonzalo Llorens, que merecieron una ovación en sus mutis respectivos, y Constante Viñas, Torner, Coca, anif, Herranz, Muñoz, Pozanco, Medina y Bernardos.

Magníficos los decorados de Fernando Mignoni, realizados por Manuel López en los talleres de escenografía C.N.T.

El público aplaudió todos los cuadros y Halma Angélico salió a recoger las manifestaciones de simpatía que la tributaron los espectadores (*El Sindicalista*, 27-8-1938: 2).

A. Montoro, en *La Libertad*, admite desconocer el cuento original, pero vuelve a incidir en el interés de la primera parte y en la vulgaridad en que se transforma la segunda, concluyendo, en cualquier caso, en destacar lo admirable de la representación.

EL TEATRO

Estreno de *Ak y la Humanidad* en el Español.

Primera parte. En el «Colegio de la resolución extrema» –sería más lógico llamarle Tribunal– se forma juicio sumarísimo contra determinados y numerosos sujetos que se consideran

la escoria de la vida social revolucionaria. Son los «superfluos». En el teatro esquiliano los hombres mortales reciben el nombre de los «efímeros». A estos seres desdichados que sobran se les obliga a «eliminarse», o se les suprime radicalmente. ¿No es esto, o cosa así, lo que practicaron los hitlerianos –el mismo Hitler en persona– para deshacerse de los superfluos de allende el Rin? Jueces implacables de este Tribunal que preside Ak son el médico y el psicólogo. Y los reos, unos pobres desdichados que apenas han cometido otros delitos que cruzarse de brazos ante la sacudida revolucionaria, o comer bombones, liar cigarrillos, jugar al póker y leer novelas de aventuras. Entre los superfluos eliminados figura la madre del mismo Ak, cuya sombra espectral recuerda constantemente a su hijo que no acertó en el plan desarrollado al mejoramiento de la Humanidad; que la consideración de superfluos es una tontería, y que los que han juzgado y ejecutado a estos superfluos son iguales o peores que ellos.

El auditorio escuchó y aplaudió sinceramente esta primera parte. Quizá, con inclinación más sincera a los actores que a las escenas limpias y originales de la comedia. Porque Manolo González –intérprete de Ak– bordó una verdadera filigrana sobre un cañamazo de mallas tan tupidas; porque Carmen Muñoz Gar apareció entre velos grises y dijo magistralmente sus frases, con un sentimiento de verdadera feminidad maternal, tan cálido y vivo, que nos llegó más a la entraña que todos los parlamentos de los demás personajes. El público aplaudió de verdad. Halma Angélico se presentó a recibir los plácemes del auditorio.

Segunda parte. El colegio de antes, en vista del fracaso del plan, se llama ahora «Colegio de la ternura extrema». Ya todo se ha vuelto de color de rosa. Frivolidad, aventurillas de amor libidinoso, vulgaridad a todo pasto. Ya el público se desentiende de las marionetas de la segunda parte. Una buena circunstancia hay que señalar: la de ser breve, brevísimo. Nuevamente Manolo González prueba el temple de su arte vital en trances que logran repetidos aplausos fervorosos del Ak y la Humanidad.

Tal es la obra. ¿Se trata de una sátira políticosocial? No sé; no conozco el cuento de Jepin Sosubia (sic), escritor ruso contemporáneo, y no sé hasta qué punto encierra o no un fondo de crítica social. Otros compañeros cronistas teatrales dirán lo que sepan. Espero interesado lo que escriba el admirado Alsina. En una cosa estaremos conformes: en los decorados de Fernando Mignoni, realizados bellamente por Manuel López en los talleres de escenografía de C.N.T. El público salió del teatro perfectamente satisfecho. En otra cosa, forzosa conformidad: en la representación admirable. A. MONTORO (*La Libertad*, 27-8-1938: 2).

José Alsina, en *Claridad*, vuelve a manifestar la diferencia entre las dos partes, imaginando la aportación original realizada por la escritora al cuento de Sosulia, y recuerda la sólida producción dramática anterior de Halma Angélico.

TEATROS
ESPAÑOL
Ak y la Humanidad

En dos partes divide Halma Angélico su comedia *Ak y la Humanidad*. Partes que son como el anverso y el reverso del pensamiento y de la directriz ideológica del protagonista. Pero ambas, con ser tan opuestas, poseen el nexo de la gigantesca aspiración redentora del héroe, dentro de la cual se debate con una angustia tan exasperada que la figura acaba por involucrarse en el halo trágico correspondiente a la grandeza del empeño.

Porque Ak se ha propuesto utilizar el cauce libertador que acaba de abrir la triunfante revolución para salvar definitivamente a la Humanidad, previa a la eliminación implacable de la vida con renovado rigor espartano, de los débiles, de los indiferentes, de los «superfluos», en suma. Así, esa Humanidad, «técnicamente» purgada de individualidades parásitas, podrá emprender con paso seguro ya, según él, la marcha hacia la liberación total.

Fiel a su doctrina, no ha perdonado Ak ni a su propia madre, suprimida también por haberse consagrado, exclusivamente desentendida de lo demás, al cuidado de sus hijos y de su hogar. Ahora que no la mató, «porque no puede matarse a la madre», como viene a decirle con piadoso amor la sombra de la muerta en el preciso instante de sus primeras vacilaciones. Así, la advertencia de ultratumba que le aporta juntamente de que nada es superfluo, pues a pesar de los intentos de destrucción humanos todo renace y se reconstituye, le hace pensar en un cambio radical del rumbo.

Consecuentemente, al régimen espantoso que condenaba inexorablemente a muerte a los señalados como sobrantes, sucede un régimen de ternura, en el que se atiende cuidadosamente por funcionarios especializados al contento y al bienestar de todos los ciudadanos, con lo que la venerada sombra se siente satisfecha, mientras Ak parece reposar al cabo, después de la carga y tremenda crisis de su espíritu, sobre la conclusión de que en la fraternidad y en el cultivo del espíritu es donde reside verdaderamente la posible salvación del mundo. Pensamiento central que subsiste entre tal o cual ráfaga satírica del último acto.

Tal es en síntesis la obra, cuya unidad se yergue como veis entre la honda divergencia de sus aspectos. Y debemos manifestar a continuación que, aunque no conocemos el cuento del escritor ruso sobre el que ha realizado su notable escenificación Halma Angélico, nos parece vislumbrar que en el segundo acto ha debido de tener superior intervención la escritora española, dado el positivo acento de ternura que preside esa parte, acorde con su enunciado; en contraste con la primera, fuerte y enérgica, saturada de la inconfundible inquietud revolucionaria de la literatura y del teatro rusos y que diríase animada en virtud de su trágica ansiedad, por el verbo mismo de Lunst, de Gorki o de Andreiev.

Desde luego, Halma Angélico, que tiene en su haber dramático una producción tan lograda como *Entre la cruz y el diablo* y un ensayo de la categoría de *La nieta de Fedra*, ha extraído del cuento citado una bellísima comedia, cuyo primer acto, sobre todo, puede situarse entre los mejores del novísimo teatro universal.

Y si bien en la segunda parte, acaso más personal como suponemos, debe dominar y domina el sentimiento, en la primera el talento de la autora conseguía combinar admirablemente una cerebralidad manifestada más bien en potencia que en pensamiento efectivo, con la emoción. Todo ello amparado por los aciertos evidentes del procedimiento.

El éxito, por lo tanto, fue brillantísimo, y Halma Angélico tuvo que presentarse en escena repetidamente para corresponder a los aplausos, más calurosos, eso sí, en la terminación del primer acto.

Había tenido, además, unos colaboradores insuperables en los artistas del Español. Manuel González comprendió muy bien la condición superior y abstracta del carácter de Ak, con lo que su actuación no pudo ser más afortunada. Justísima a su vez en el recitado, al que llevó la vibración emotiva precisa el arte declamatorio de Carmen Muñoz Gar, encargada de la sombra de la madre. Muy bien Gonzalo Lloréns en el episodio tragicómico que condena a muerte a un hombre por el delito de vulgaridad; José Rivero, en su papel de intelectual considerado superfluo por la brutalidad de dos forzudos ganapanes, y Constante Viñas, así como el niño José Luis Muñoz, que subrayó a la perfección su momento dramático. Y en su puesto los demás.

Un notabilísimo decorado de Fernando Mignoni completó el valor artístico de la jornada. José ALSINA (*Claridad*, 27-8-1938: 4).

El crítico de *Política*, A. Pugés, ya deja entrever la posible polémica que puede desatar en ciertos medios la tesis de la obra, apostando por el triunfo de un verdadero sentido constructivo de la revolución.

EL TEATRO

AK Y LA HUMANIDAD, COMEDIA EN DOS PARTES Y CINCO ACCIONES, POR HALMA ANGÉLICO, INSPIRADA EN UN CUENTO RUSO.

Si *Ak y la Humanidad* hubiese hecho su aparición antes del 18 de julio de 1936, su estreno hubiera sido calificado de «acontecimiento literario» y en torno a tal acontecimiento se hubieran suscitado, sin duda, innumerables disquisiciones de tipo académico. Estrenada esta obra a los dos años cumplidos de guerra, pero cuando están aún presentes en la memoria de todos determinados hechos que se realizaron en nombre de una supuesta revolución, pero que no tienen nada que ver con las verdaderas esencias de un movimiento revolucionario, *Ak y la Humanidad* suscitará seguramente entre los espectadores polémicas y comentarios de diversa índole, y lo que es más aún de desear: provocará seguramente diálogos y controversias íntimas en los que la tesis del autor habrá de triunfar plenamente. Así nos lo hacen esperar al menos las salvas de aplausos con que la multitud que llenaba el teatro Español subrayó algunos de los más emocionados parlamentos de «Ak» y la gran emoción con que fue escuchada la voz ultraterrena, pero más humana que la de «Ak», de la madre de éste.

«Ak» sueña con la formación de una nueva humanidad en la que no existan los defectos y las miserias de la nuestra; una humanidad en la que todos los hombres se rijan por el deseo de ser beneficioso a los demás. ¿Qué hijos puede engendrar quien sea, por sus vicios o por su naturaleza enclenque, una ruina física o moral? ¿Qué beneficio causan a la humanidad esas personas superfluas que no tienen más norte que su propio bienestar y no se sienten nunca ligadas a la suerte y desventura, a las ambiciones y a los fracasos de los demás hombres? En la humanidad que sueña «Ak» no pueden existir el hombre o la mujer superfluos. Son perjudiciales. Sus hijos tendrán las mismas taras y se perpetuarán y propagarán en ellos aquellas lacras y miserias que impiden que la humanidad sea perfecta. Y, respaldado por la ciencia, «Ak» concibe el medio drástico para operar el cambio de la humanidad: la muerte. Todo hombre o mujer cuya existencia no esté justificada por las exigencias del bien general, debe desaparecer.

¡Pobre «Ak»! Bien pronto puede ver que su sueño es irrealizable. Pasan por sus manos expedientes y más expedientes. Su ardiente ambición de visionario se enfría y se endurece al pasar por entre las mallas angostas de un cientificismo inhumano al que no importa nada más que el coeficiente de maldad o de indiferencia que arroja un examen frío de las presuntas víctimas. El expedienteo y la burocracia ponen sobre sus sueños una pesada losa que en vano intentaría levantar. Y mata. Mata inexorablemente, ahogando los sentimientos humanitarios que pugnan por florecer en su conciencia. Y mata —«Ak» es justo— a todo aquel que la ciencia —la Medicina y la Psiquiatría— determinan, sea quien sea. Incluso a su madre, que había pasado por el mundo con el enorme delito de no ocuparse de nada más que de ella y de su hijo...

Pobre «Ak». Su sacrificio ha sido estéril. La humanidad que queda tiene los mismos defectos que la que ha hecho desaparecer. Los vicios y las lacras que se había propuesto suprimir retoñan constantemente. No; la muerte no es una solución. Y, siempre visionario, cae en la posición contraria: en vez de matar, colma de benignidades y de beneficios a la humanidad que le rodea. ¿Da resultado este procedimiento? No. La humanidad se hace aún más egoísta y más exigente.

Y, por último, da con el nuevo procedimiento, el que llevará a cabo de aquí en adelante: crear enseñando. ¿Obra revolucionaria? Sí; obra revolucionaria; pero no de un revolucionarismo pueril y vocinglero, sino de un revolucionarismo práctico, que sabe que es la obra constructiva lo que queda; que lo otro, la destrucción, no consigue otra cosa que cambiar unos hombres por otros sin que cambien los medios y las finalidades.

Literariamente tiene la obra de Halma Angélico un valor que le coloca al lado de los maestros. Los personajes —incluso la multitud— se mueven en escena naturalmente. El diálogo está esmaltado de bellas frases, de atinadas observaciones.

Los aplausos con que fueron subrayados algunos parlamentos de «Ak» y la insistencia con que el público del Español requirió su presencia en el escenario al final de los dos actos le habrán demostrado a Halma Angélico que acertó plenamente.

La interpretación y la puesta en escena, irreprochables. Merecen una especial mención el director del grupo «García Lorca», que incorporó, sobria y acertadamente, el papel de «Ak», y Carmen Muñoz Gar, que interpretó la «sombra» de la madre. Merecen también un particular elogio Gonzalo Llorens, en su papel del hombre «que no hacía nada»; José Rivero, Constante Viñas y Antonio Torner.

A la representación asistieron el alcalde Madrid, señor Henche; el delegado de Propaganda y Prensa, los concejales señores Serrano Batanero y Civil y otras muchas personalidades. A. PUGÉS (*Política*, 27-8-1938: 2).

El *Heraldo de Madrid* refleja en su crítica un sentimiento que, posiblemente, podía hacerse extensivo a otros medios: el desencuentro entre la expectación despertada por el anuncio del estreno de la comedia y los resultados obtenidos, sin menoscabo de los méritos artísticos de la puesta en escena y la interpretación. La obra no se resuelve con acierto.

TEATROS

AK Y LA HUMANIDAD EN EL ESPAÑOL

La expectación producida por la lectura de *Ak y la Humanidad*, hace dos meses, ante las autoridades y un grupo de periodistas, era tal que pronto se extendió por todo el ámbito de la población matritense. Por eso no era de extrañar que su presentación ayer, en el Español, revistiera caracteres de acontecimiento, y máxime después que el coliseo de la plaza de Santa Ana amenazaba con su clausura, estando la citada obra en pleno ensayo.

Ahora bien: ¿ha respondido *Ak y la Humanidad* a la expectación de que ha sido objeto? Vayamos por partes.

Ak y la Humanidad comedia y cinco acciones, por Halma Angélico, inspirada en el cuento original del escritor ruso contemporáneo Jefin Sosulia, según rezan los programas, no es otra cosa que un fiel reflejo del «Zarathustra» del pensador alemán Federico Nietzsche; por eso cuando este literato aboga por el superhombre, dice: «toda especie ha producido un ser superior: lo humano no puede faltar a este principio».

En «El Anticristo», el propio Nietzsche clama por que «perezcan débiles y fracasados» como principio de una humanidad nueva.

Otros filósofos, y entre ellos el pesimista Schopenhauer, aseguran que «la piedad hace la vida más digna aún de ser negada»; y hasta el propio Ignacio de Loyola apunta que es «convertir el ser humano en un cadáver que dura».

Sobre estos principios el autor ruso Sosulia compuso su cuento y consecuencia del mismo es la comedia que Halma Angélico ha llevado a la escena, con gran acierto, poniendo de su parte toda la sensibilidad femenina de que es capaz, así como una valentía y limpieza literaria a la que no estamos acostumbrados.

«Ak» es el hombre que quiere redimir al pueblo eliminando todas las lacras sociales y obligando a suprimir las vidas de los ciudadanos inaptos para el bien común, o por deficiencias psicológicas; en la siega cae su propia madre, pero sus ideales no se ven satisfechos y a cada paso surge el conflicto: unas veces la nota sentimental y otras, en magníficas escenas como la que tiene lugar entre «Ak», el andrajoso filósofo y los esbirros del primero; los esbirros, raza fuerte, pero imbécil, son capaces de engendrar cientos de hijos de cuya mentalidad no se puede responder; en cambio, el vencido filósofo, una piltrafa humana, no puede engendrar hijos, pero su mentalidad se sobrepone a la de los hombres más viriles; ¿qué hacer?

Esta escena, interpretada por Manolo González, en su papel de «Ak», y José Rivero en el del filósofo, valen por toda la obra, sin olvidar tampoco las de «Ak» con el espectro de su madre, que cuando le indica otra trayectoria en la vida que la de los senderos ensangrentados por las víctimas inocentes.

Desde que se inicia la segunda parte de la comedia el argumento se diluye por derroteros poco afortunados o más bien, grotescos; parece que ni el autor del cuento ni Halma Angélico se han atrevido a afrontar un problema tan arduo como el expuesto en la primera parte, y la obra decae lastimosamente para terminar esbozando la idea de que en el trabajo y en la inteligencia está la solución.

Con más serenidad afrontaba Nietzsche su visión cuando decía que «la decadencia es un paso atrás para saltar hacia delante; que esta enfermedad que padecemos es el preludio de una purificación para llegar a una salud más fuerte».

En resumen, que como Linares Rivas en *La garra*, Halma Angélico aborda un problema al que no se le ve la solución: Linares Rivas mató a su protagonista de un balazo y dejó el conflicto sin resolver. Halma Angélico, y con ella Jefin Sosulia, se concretan a confiar en una nueva aurora que lo redima todo.

La puesta en escena e interpretación de *Ak y la Humanidad* es admirable y en el largo reparto de la comedia cada actor cumplió pródigamente con su cometido; no obstante queremos destacar la labor imponderable y magnífica de Manolo González, como director y protagonista de la obra, así como a Carmen Muñoz Gar, en el papel de «La sombra de la madre», y de José Rivero, y en otros planos se distinguen también Manuel Bernardos, Gonzalo Llorens, Constante Viñas, Antonio Torner y el niño José Luis Muñoz.

El público respondió espontáneamente tributando a Halma Angélico calurosos aplausos, que salió a recibir al final de cada parte, y a los actores en general. J.A.S. (*Heraldo de Madrid*, 27-8-1938: 2).

Un día después, el domingo 28, aparecen las críticas que se publican en *El Socialista*, *Castilla Libre* y *El Sol*. La crítica publicada por *El Socialista* va más allá de los aspectos puramente teatrales y se recrea en la tesis de la obra y en el análisis de la situación que atraviesa la sociedad española del momento.

OBRA DE TESIS MEJORAMIENTO DE LA ESPECIE HUMANA

Hace años leímos una colección de cuentos rusos de la época soviética. Subrayamos uno de ellos por su originalidad. Su autor, Jefin Sosulia. El asunto, sencillo, Ak quiere construir una Humanidad perfecta. Para ello, asesorado por científicos competentes, manda que se suiciden, o las elimina si se niegan, a cuantas personas se encuentren taradas física y moralmente. Desaparecen todos los superfluos. Superfluos son los seres humanos cuya existencia no se justifique mediante la preocupación por los demás. Se hace de ellos un gran expurgo «en veinticuatro horas», después del examen, justo y científico, de cada individuo o tanda que los árbitros descalifican. Muchos fueron los sacrificados. Pero lo terrible para Ak fue que la Humanidad siguió tan mala como antes. Ante este fracaso, se sigue un procedimiento: interesarse porque ningún ciudadano sufra la menor molestia. El mismo fracaso; la gente añora el Consejo de Resolución extrema, o sea el método desechado ya por estéril. Ak, vencido, deja al lector con la desilusión de ver a la Humanidad irredimible. Y esto, después de una revolución que costó a Rusia millones de víctimas y un cúmulo inenarrable de sufrimientos.

Dudamos mucho que hoy Sosulia, visto el progreso material y moral de su país, hubiera sacado la misma conclusión. Pero estamos seguros de que en un mañana próximo sacaría la

contraria. Escenificando el cuento, esto es justamente lo que ha hecho Halma Angélico. Ni matar ni enervar: crear, educando. El árbol sin fruto puede hacerse fecundo con podas, cuidados e injertos. Como no hay salvación ni esperanza es arrancándolo de cuajo.

El argumento es aplicable a toda la sociedad humana; pero muy especialmente al pueblo español en estos momentos, en que se ve conmovido por el más furioso vendaval.

¿Cuántos idealistas sanos de cuerpo y espíritu habrá en toda la Península ibérica? Echando por todo lo alto calculémoslos en cinco mil por cada provincia. Resultan doscientos cincuenta mil. ¿Pocos? Una enormidad. Ninguna nación del mundo llega a la décima parte de este tanto por ciento. Sólo por esto se explica su gesta heroica, en contra posición con el sometimiento sin lucha de tantos y tantos pueblos a una embestida mil veces menos feroz.

Excluidos de los veintipocos millones con que cuenta España esos doscientos cincuenta mil hombres completos, el resto son enfermizos, indiferentes, rutinarios, familiares, egoístas, ni fu ni fa, de ideas cortitas, de emociones administradas. No importa que lleven su carnetito, que aplaudan modestamente cuando sea menester, que cumplan con tasa sus deberes... Con su mesura, no se exponen al menor riesgo por defender una causa ni por atacarla. Esperan a ver de qué lado caen las pesas. Procuran no malquistarse con nadie para, prevenidos, no dar motivo a temores. Viven una vida vegetal y fisiológica, también tasada. Se allegan sagazmente comestibles, sin cuidarse de los otros; se acurrucan en lugar seguro ante la posibilidad de llamadas peligrosas; se dicen que sí a diestro y siniestro; son mansos, y cautelosos, y obedientes, y lisonjeros, ante quien pueda comprometerlos; dejan que la vida marche como la encontraron o como se la han dado hecha. Esta es, y no otra, la franja anchísima que constituye el vulgo. Matarla sería acabar con la especie. Corregirla es el progreso indefinido e indefectible. Lo que precisa es limpiarle de broza el camino para que aligere los pasos hacia la perfección. Y esto se hizo en la Revolución cristiana, y en la francesa, y en la rusa, y en la guerra española que sufrimos y que será el índice del mundo entero.

Cuando con nuestro esfuerzo y sangre, llegemos a buen puerto, ese peso muerto, que Ak quería despachar «en veinticuatro horas», se irá librando de sus lacras y se ennoblecerá como la actual minoría propiamente humana. Hay mucha maca en la Humanidad; pero esto justifica la idealidad de los menos. El pesimismo de Ak es efecto de incomprensión y vencimiento. Halma Angélico ha sabido expresar en el teatro el verdadero estado de la cuestión. La España actual no puede diferir demasiado de la de ayer; pero se distinguirá mucho la de mañana; y la de pasado mañana será otra totalmente nueva (*El Socialista*, 28-8-1938: 1).

Castilla Libre, entre el comentario crítico de la frivolidad de una parte del público, reitera la opinión favorable sobre las buenas intenciones de la comedia y los pobres resultados finales, pero alabando los decorados, la interpretación y la dirección de escena.

EN EL TEATRO ESPAÑOL AK Y LA HUMANIDAD

Ahora es costumbre –y por lo visto costumbre de buen tono– destacar en las reseñas teatrales las personas sobresalientes que asisten a los estrenos. Sin que acertemos a descubrir la relación existente entre el hecho de que ocupe cómodamente su butaca el espectador A o B y el mérito de la obra sometida a juicio, no queremos volver la espalda a dicha costumbre. Digamos, para seguir la corriente, que a nuestro lado presenciaban el estreno de *Ak y la Humanidad* unas bellas damas rubias que de cuando en cuando cruzaban sonrisas de simpatías y que en los entreactos se reparaban, jubilosas, unos cigarrillos egipcios que les enviaban galantemente de una platea cercana. En tan agradable vecindad dejábamos discurrir la comedia de Halma Angélico. En ella se nos planteaba el magno problema abordado por Ak –un soñador, y como tal, justo y honrado–, empeñado

en transformar la Humanidad, limpiándola de todas sus escorias mediante la extirpación física de todo lo superfluo. Para ello, el Colegio de Resoluciones Extremas, instrumento omnímodo del personaje central de la adaptación rusa, actuaba diligentemente, haciendo desaparecer a todos aquellos ciudadanos que los dictados de la ciencia consideraban como ineficaces y superfluos. La emotividad de esta primera parte de la farsa escénica subía de punto por sus rasgos pirandelianos.

En ella los espectadores, irresistiblemente, pretendían inmente descubrir nuevas fichas mirando a hurtadillas a los compañeros de localidad. El frenazo literario dado al intento audaz, ya que la valentía de su planteamiento finaliza en el instante mismo del esbozo, hace que la ilusión del espectador se vaya disipando envuelta en las mismas dudas que asaltan a los personajes centrales de la farsa.

El fracaso de las dos terapéuticas empleadas por la ingenuidad del bondadoso Ak –el terror y la dulzura–, junto con la conclusión indefinida que pone como rúbrica a su producción, hace vacilar en sus propios cimientos no ya la línea ideológica de la obra, sino su catalogación literaria, pues nos lleva de la mano, insensiblemente, de la tragedia al sainete, y de aquí a la comedia rosa, en bruscas sacudidas que desconciertan raramente.

Halma Angélico, eso sí, acierta plenamente en el movimiento de los muñecos creados por su tierna espiritualidad, presentándonos como una habilísima comediógrafa. Escrita su comedia limpiamente, con un alto decoro y con un claro sentido de la teatralidad, hace que el ropaje sea superior al tema.

La admirable –correctamente admirable– interpretación que de *Ak y la Humanidad* llevan a cabo las huestes acaudilladas por el excelentísimo actor y director Manolo González, contribuyó de manera eficaz al éxito logrado. Carmen Muñoz Gar, magnífica de expresión.

Subrayemos los entonados y modernos decorados realizados felizmente por Manuel López en los talleres de escenografía C.N.T.

Terminado el estreno, nuestras vecinas de localidad, aquellas damas rubias que durante la representación de *Ak y la Humanidad* acaparaban indolentemente miradas, piropos y cigarrillos rubios, salían al vestíbulo, jubilosas y alegres, poniendo en el humo de sus «Muratis» el mejor comentario a la jornada escénica.

Y su insolente satisfacción se clavaba en nosotros como dardo envenenado. Su desenfado contrarrevolucionario pretendía salir robustecido de la lección política trasnochada e inoportuna que acababan de percibir. Su éxito liviano nos quemaba. El aire de la calle templó nuestro ánimo (*Castilla Libre*, 28-8-1938: 2).

El Sol, por su parte, incide en los defectos formales que impiden calificar a la obra, desde su punto de vista, de auténtica obra teatral, y resalta, al mismo tiempo, algunas cualidades, como la corrección de la lengua, las imágenes literarias y el pensamiento que subyace en el texto.

ESPAÑOL

ESTRENO DE *AK Y LA HUMANIDAD*

El fallo que el numeroso público que ocupaba las localidades de nuestro coliseo municipal emitió ante el estreno de la comedia *Ak y la Humanidad* fue completamente favorable para su autora, la notable escritora Halma Angélico. Esta debe estar satisfecha de la acogida dispensada a su nueva producción escénica, inspirada –según rezan los programas– en el cuento del escritor ruso Jefin Sosulia, que planteó el tema de la creación de una Humanidad nueva, mediante la depuración de sus componentes. Los cálidos aplausos que en su honor sonaron en la sala fueron unánimes y sinceros.

¿Quiere esto decir que la comedia está lograda? ¿Que pueda ser considerada como verdadera obra teatral? Desde luego declaramos que no. Ni su trama, ni su desarrollo, dejan lugar a la duda respecto de esta afirmación. Ni se cuentan en ella los elementos indispensables a toda acción

dramática, que las antiguas reglas de este arte exigían, ni las modernas tendencias que tan dignamente en ella se apuntan son suficientes a catalogar *Ak y la Humanidad* como valor positivo de teatro nuevo. Promesa interesante, sí. Lo mejor que hasta ahora se nos ha dado a conocer, indudablemente. Ahora bien, la obra de Halma Angélico, encierra –aparte el relevante mérito de estar escrita en correcto y limpio castellano, que no es hoy cosa baladí; de sus bellas imágenes literarias y de pensamientos nada vulgares–, encierra, repetimos, aciertos dignos del mayor encomio. En la segunda parte del primer acto, la mejor construida sin duda de la comedia, hay escenas de honda emoción y momentos de interés, tan culminantes, con tanto tino trazados, que llegaron a sobrecoger el ánimo del espectador menos sensible, y determinaron el éxito de que hablamos al comienzo de estas líneas.

Además, *Ak y la Humanidad* está escrita con una valentía indiscutible, a veces rayana, a nuestro juicio, en la linde de lo peligroso, dado que la comprensión no alcanza por igual a todos los espíritus.

Y unas líneas a la interpretación, que esta vez sí que lo merece. Cuanto se diga en honor de los artistas que forman el grupo García Lorca es bien merecido. Todos se superaron a sí mismos en su meritísima labor y para todos hubo plácemes entusiásticos. Acreedores a especial mención: Manolo González, que encarnó con su peculiar maestría la difícil y confusa figura de Ak y supo reflejar exactamente los diferentes estados porque pasa su alma torturada; y que como director de escena logró un conjunto todo a tono, feliz; Carmen Muñoz Gar, que con su arte prestigioso avaló el personaje que representaba; Pepe Rivero, que añadió un señalado triunfo a los muchos que conquistara como actor de excelente escuela y fácil comprensión al prestar calor y vida al representante de la inteligencia y del espíritu a su talento encomendado; Gonzalo Llorens, que acertó plenamente al interpretar al hombre que nada hace en pro ni en contra de la revolución, y por último, al precoz artista José Luis Muñoz, que apenas cuenta doce años de edad, y dijo una escena con el veterano Manolo González como ya quisieran muchos de los consagrados.

El decorado de Mignoni, acertado. J.R.I. (*El Sol*, 28-8-1938: 2).

El día 30, el diario *El Sindicalista* decide publicar, por su interés, y posiblemente por las reiteradas alusiones, el texto íntegro del cuento de Jefim Sosulja, adaptado para la escena por Halma Angélico, y que completará el siguiente día 31. El texto difiere en algunos aspectos del publicado en la editorial Zeus, pero las diferencias son irrelevantes y no afectan al contenido del cuento original. (*El Sindicalista*, 30 y 31-8-1938: 2).

Ya el día 31, a los seis días del estreno, José García Pradas, en el artículo que publica en *C.N.T.*, arremete directamente contra la obra y su autora. Una vez conocido el texto del cuento original, el crítico no duda en acusar de plagio a la escritora, calificando de contrarrevolucionaria la comedia, y prometiendo más artículos en días sucesivos que se ocupen de poner en evidencia sus inadmisibles defectos.

¿QUIÉN ES EL AUTOR DE AK Y LA HUMANIDAD?

RECORDEMOS QUE, EN LITERATURA, «EL ROBO SÓLO ES LÍCITO CUANDO VA SEGUIDO DEL ASESINATO»

I

Vive uno desligado del teatro. Tan malo, tan horrible, tan anodino y grosero ha sido, por lo general, durante los años de nuestra vida de razón, que no esperamos de él emociones nobles, y, por no esperarlas, hemos llegado a no pedírselas. ¡El teatro...! Nos parece, fre-

cuentemente, preocupación de días venideros, y hoy, apartándonos de él, nos encontramos en paz con nosotros mismos. Pero de cuando en cuando, uno de sus ecos nos alcanza, llega a nuestros oídos el rumor de los aplausos o de los comentarios sobre una obra, y sentimos el deseo de ir a verla, de advertir si aparece ya la autora de la renovación teatral; «renovación», decimos, porque sabemos los tesoros artísticos que hubo, que hay, entre *La Celestina* y *El Trovador*, por ejemplo.

Uno de esos rumores nos ha llamado ahora desde el Español. ¿Desde el Español? Acaso desde el Ritz, porque desde que allí se leyó, en ambiente de fiesta literaria –¡oh, los salones de la Bushental, de la Avellaneda, de Carolina Coronado...!–, la titulada «comedia de Halma Angélico», en algunos periódicos y en ciertos círculos –círculos viciosos– se ha hablado mucho, demasiado, de *Ak y la Humanidad*.

¿Y cómo se hablaba? Pues con vivo tono de elogio: «¡Esto es teatro y no esas bazofias...»; «Aquí tiene la Junta de Espectáculos algo merecedor de su patrocinio...»; «El heroico y noble pueblo de Madrid ha encontrado una obra digna de él...»; «¡Albricias, que estamos ante un verdadero acontecimiento literario...!»). Y, al son de las alabanzas, la casa Aguilar editó la obra: Ochenta y cuatro páginas de mal papel, cinco pesetas. Y la Junta de Espectáculos, en relación con el Ayuntamiento, le abrió las puertas. Y en su estreno, como en *Castilla Libre* se ha advertido, hubo elegantes «girls» del Madrid de guerra, a quienes obsequiaban con tabaco rubio los caballeros de alguna platea. ¡Un acontecimiento!

Los críticos de teatro volvieron alarmados a su periódico respectivo. La obra del Ritz era una memez de tomo, lomo, decorado y tablas. ¿Quién elogiaba aquello?

(Faltan cinco líneas borradas por la censura)

Preguntábanse, con lógica, qué era lo importante: si la obra o sus... alrededores. Y, sin atreverse a contestar ni a dar opinión sobre la comedia, casi todos dijeron que se prestaría a discusión y salieron del enojoso trance haciendo una sucinta reseña del asunto de la misma.

Esta reseña nos alarmó; sospechamos, al leerla, que el público madrileño tenía delante de los ojos una comedia reaccionaria. Hemos ido a verla como quien acude a medir un peligro. Y hemos visto, o nos hemos hartado de ver que *Ak y la Humanidad* es una «comedia» –no hay otra palabra– simultáneamente reaccionaria y estúpida; es decir: contrarrevolucionaria al operar sobre el ánimo de los estúpidos y de los tontos dolidos de nuestra lucha anticapitalista, y estúpida únicamente, sólo estólida, ante la mirada de una persona inteligente, cualquiera que sea su posición social y hayan sido las que fueren las circunstancias de su vida en estos dos últimos años.

Son un poco fuertes, sin duda, las afirmaciones que aquí hacemos, pero más lo es que podamos probarlas. Y podemos con la mayor facilidad. Los risibles contrastes de la indumentaria de los personajes, los disparates y absurdos plásticos que uno ha visto sobre las tablas del Español, aquellas acusaciones que mutuamente se hacen las costumbres que se asoman a la escena, las negaciones inocultables de la tesis dramática, el ambiente «babilonio» que se percibe en toda la obra; su aparatosidad cómica en los momentos que esperan latidos trágicos, el modo sentimentaloides y pocho de presentar a los ciudadanos, la manera vacilante y torpona de trazar la figura del protagonista, que se deja envolver por la miseria moral de quienes le rodean..., todo eso y mucho más que detalladamente pondremos a la consideración de los lectores de *CNT* en artículos sucesivos, prueba que *Ak y la Humanidad* es una obra a la vez contrarrevolucionaria y estúpida en grado superlativo.

Pero es que, además de verla, la hemos leído; y si vista es mala, leída es mucho peor. Hay allí acotaciones delirantes, que hacen pensar que la autora estaba deseando meter toda una ciudad –una ciudad en la que todo quisque es idiota– en el escenario del Español. ¡Qué milagro que no haya vuelto locos a los actores que con su arte vienen guardando el prestigio de la escena madrileña! Ya recogeremos otro día algunos parrafitos de la obra para que nuestros lectores sepan lo que nos tenía preparado Halma Angélico...

Vayamos ahora a otra cosa. No somos pedantes; nos fastidia cualquier Domenchina; y por no serlo ni aguantar a quien lo es, nunca diremos que hemos leído lo que no leímos. Confesamos aquí que desconocíamos el cuento ruso de Jefim Sosulia en que Halma Angélico dice –¡por escrito, compañeros!– que está inspirada la comedia. Pero hemos empezado a conocerlo, porque *El Sindicalista* –«a título de información», nada más...– inició ayer su publicación.

Y al leerlo hemos visto que *Ak y la Humanidad*, cuento del citado escritor ruso, es el más escandaloso, desaprensivo y torpe plagio que puede –o no puede– hacerse, cuando lo firma Halma Angélico.

(Falta párrafo suprimido por la censura.)

Los personajes, las situaciones, las frases, detalles nimios, números de cinco cifras, se trasladan del cuento a la comedia, como en el circo cambian de sitio los objetos bajo la varita mágica del prestímano... ¡Qué imaginación, en nosotros, y qué vergüenza, en quien sea capaz de sentirla! ¿Es posible que, al cabo de más de dos años de lucha y de dolor... (*Línea suprimida por la censura.*)... se permita cualquiera decirle a este pueblo de Madrid que sus sacrificios serán estériles, insinuarle el ultraje de pensar que los actos de su propia defensa fueron asesinatos, y tomarle el pelo –como en la calle se dice– a cuenta de desconocer una obra literaria que alguien que la conoce la convierte en materia de saqueo?

Ese plagio repugnante, intolerable, no sirve para superar con una nueva obra el cuento primitivo. Calderón plagió a Lope en su *Alcalde de Zalamea*, pero le aventajó en la presentación dramática del asunto; Shakespeare hizo otro tanto en diversas ocasiones; sus plagios fueron lícitos, porque, en ellos, «el robo iba seguido del asesinato»; es decir, se apoderaban de un asunto, para poner su obra sobre aquella de que lo tomaron. Pero aquí sucede al revés, y en consecuencia...

Prometemos a nuestros lectores seguir ocupándonos de la obra supracitada; sus elementos plásticos y su juego escénico reclaman un artículo; su significación contrarrevolucionaria y su estolidez, otro; los despropósitos de su texto, un tercero; y la comprobación documental del plagio, uno más, de contera. ¿Seguirá representándose en el Español cuando lleguemos a ese cuarto artículo?

De cualquier manera, nos importa decir hoy algo más: una amiga de Halma Angélico nos ha traído a la redacción dos fotografías de tan bella dama con el ruego de que publiquemos una de ellas y hagamos un elogio de la desdichada obrita. No podemos complacerla. J. GARCÍA PRADAS (*C.N.T. Órgano de la Confederación Nacional del Trabajo*, 31-8-1938: 2).

En la anunciada continuación de la polémica, un segundo artículo se publica en el mismo diario el día 1, poniendo como ejemplo varios párrafos en los que compara el texto de Jefim Sosulia con el de Halma Angélico para advertir a los lectores del *escandaloso* plagio en el que incurre la escritora, preguntándose el autor cómo puede mantenerse todavía la obra en cartel.

SOBRE AK Y LA HUMANIDAD
CUENTO DE JEFIM SOSULIA; PLAGIO DE HALMA ANGÉLICO

II

Dijimos ayer que la comedia que se está representando –¡todavía!– en el Teatro Español es el más escandaloso de los plagios. Y vamos aprobarlo sin pérdida de tiempo. A continuación recogemos frases de Jefim Sosulia y palabras de Halma Angélico:

J.S.– «A TODOS SIN EXCEPCIÓN».

H.A.– «A TODOS SIN EXCEPCIÓN».

J.S.– «Tres individuos de la Cámara Suprema examinarán por distritos el derecho de vida de los ciudadanos».

H.A.– «La comprobación del derecho a la vida de los habitantes de la ciudad se realizará por distritos, hallándose a cargo de Comisiones trimembrales del Colegio de la Resolución Extrema».

J.S.– «Aquellos ciudadanos cuya vida se considere inútil, están obligados a desaparecer en un espacio de veinticuatro horas»..., y «se harán reconocimientos facultativos físicos y psíquicos».

H.A.– «Los habitantes cuya existencia haya sido considerada superflua están obligados a quitarse la vida en el término de veinticuatro horas, previo reconocimiento facultativo y psíquico».

J.S.– «Dentro de este plazo cabe apelación. Las apelaciones se harán por escrito y serán dirigidas al Presidente de la Cámara Suprema, que ha de contestarlos en un plazo máximo de tres horas»

H.A.– «Dentro de este plazo se admitirán reclamaciones, que serán solucionadas en tres horas, a lo sumo».

J.S.– «En el caso de que algún habitante de los considerados de sobra no se decida a quitarse la vida por apego a ella o por cobardía, la misión será encomendada a algún amigo, vecino o agente armado».

H.A.– «En caso de que haya habitantes que, por debilidad de voluntad o amor a la vida, no sean capaces de poner fin a su existencia, la sentencia del Colegio de la Resolución Extrema será ejecutada por secciones especiales armadas».

J.S.– «Los habitantes de la ciudad deben someterse a los actos y decisiones del Tribunal Supremo».

H.A.– «Hay que someterse en absoluto a los acuerdos del Colegio de la Resolución Extrema».

J.S.– «Deberán contestar con toda sinceridad a las preguntas que se les dirijan».

H.A.– «Todas las preguntas habrán de ser contestadas con arreglo a la verdad».

J.S.– «Se formará un expediente acerca del carácter de las personas que se consideren superfluas».

H.A.– «De cada persona reconocida como superflua se levantará un acta descriptiva de su carácter».

J.S.– «Este bando comprende a todos los ciudadanos: mujeres, hombres, ricos y pobres».

H.A.– «El decreto afecta a todos los ciudadanos sin excepción: hombres, mujeres, ricos y pobres».

J.S.– «Queda prohibido el salir de la ciudad».

H.A.– «Queda prohibido salir de la ciudad durante los trabajos de comprobación del derecho a la vida».

J.S.– «Formábanse corrillos por toda la ciudad. Se interrumpía el tránsito. Los hombres, acometidos de repentina debilidad, apoyábanse en los muros de las casas. Algunos lloraban; otros se desmayaban».

H.A.– «Se apiñan grupos de gentes azoradas, horrorizadas, con terribles interrogantes de angustia en los rostros. Algunos se reclinan contra las paredes, sin poderse contener. Otros lloran. Otros caen desvanecidos».

J.S.– «¡Horrible! ¡Espantoso! ¡Nosotros tenemos la culpa por haber elegido ese Tribunal, dándole plenos poderes!».

H.A.– «¡Es horrible! ¡Espantoso! ¡Y pensar que nosotros mismos elegimos al Colegio de la Depuración Extrema!... ¡Que nosotros mismos le dimos plenos poderes!».

J.S.– «Es verdad. Todo esto es consecuencia de nuestra ligereza».

H.A.– «¡Es verdad, es verdad... Nuestra propia ligereza tiene la culpa».

J.S.– «Es verdad. Tenemos la culpa. Pero queríamos mejorar la vida. ¿Quién iba a pensar que el Tribunal acordaría una cosa tan arbitraria?».

H.A.- «Tiene usted razón; nuestra es la culpa, pero nosotros queríamos mejorar la vida. ¿Quién hubiera pensado que el Colegio iba a solucionarlo de este modo?».

J.S.- «¡Con la gente que compone el Tribunal! –¿Cómo sabe usted quiénes son los miembros de ese Tribunal? ¿Se ha publicado ya la lista?».

H.A.- «Y hay que ver qué elementos forman el colegio de la Depuración... ¡¿Qué elementos!! –¿Y cómo lo sabe usted? Ha sido publicada ya la lista?».

J.S.- «A mí me lo ha dicho un amigo, asegurándome que Ak es el presidente».

H.A.- «Me lo ha dicho un conocido: ¡Ak fue elegido presidente, Ak!».

J.S.- «¿Cómo dice usted? Será una gran suerte que sea el presidente Ak. –Sí, sí, es un hecho. –¿Qué fortuna! Es un hombre muy rector».

H.A.- «¡Ah, respiro! –¡Ak, qué suerte! –Sí, sí, es un hecho... ¡Qué suerte! Ak es una persona íntegra».

J.S.- «Naturalmente. Por eso no hay motivo para inquietarse; seguramente no acabará sino con los inútiles. No cometerá injusticias».

H.A.- «¡Naturalmente! No hay por qué perder la tranquilidad. Tan sólo serán eliminadas las escorias humanas. ¡No habrá injusticias!».

Y así, queridos lectores, hasta el final de la obra. Las frases, los pensamientos y las situaciones que aquí hemos comparado corresponden a las tres primeras páginas únicamente de la «comedia de Halma Angélico», y a la primera media columna que en las de *El Sindicalista* ha ocupado el cuento de Jefim Sosulia. La bella dama que sale todas las tardes a recoger aplausos sobre las tablas del Español ha entrado en la obra rusa como las tropas de Carlos V en Roma... La tesis del cuento, sus personajes, su acción, sus palabras, ¡hasta sus números! Ha plagiado. Ahí va una prueba:

J.S.- «Número 14.741. Salud, regular. Visita a los amigos que no le necesitan y que no se interesan por él. Da consejos. En su juventud sedujo a una joven y la abandonó. El acontecimiento más importante de su vida fue la compra de muebles al casarse. Cerebro débil y perezoso; negado para el trabajo. A la pregunta que se le hizo de qué había sido lo más interesante que viera en su vida, contestó que el Hotel Ritz, de París. Corazón flojo. Veinticuatro horas».

H.A.- «Superfluo número 14.741. Salud, mediana. Visita a conocidos que no le necesitan ni tienen interés en verle. En sus buenos años sedujo y abandonó a una moza. Sus mejores acontecimientos fueron la adquisición de muebles después de su matrimonio. Cerebro perezoso y blando. Rendimiento de trabajo, nulo. Al preguntarle cuál era lo más interesante que había visto en su vida, empezó a hablar de los bailes y tés del Ritz. Ínfima clase. Corazón débil. En veinticuatro horas».

¿Cabe algo más escandaloso que lo que aquí reflejamos? Si ha plagiado la comedia, de cabo a rabo, ¿cómo se atreve a dedicársela a don Indalecio Prieto? ¿Cómo se atreve a firmarla? ¿Cómo se atreve a procurar con ella el engaño y el desaliento del pueblo de Madrid? ¿Cómo tolera la Junta de Espectáculos que todavía continúe en el cartel? Si Halma Angélico supiese ruso, creeríamos que había traducido el cuento de Jefim Sosulia. Como no lo sabe, resulta que lo que ha plagiado –y esto ya es el colmo– es su traducción... En fin, paciencia. Mañana seguiremos tratando de la misma obra. J. GARCÍA PRADAS (*C.N.T.*, 1-9-1938: 1).

Dolida por las duras críticas vertidas contra su obra y su persona, ese mismo día Halma Angélico hace pública una carta en el diario *La Libertad* en la que manifiesta su deseo de abandonar el sindicato sorprendida por la campaña desatada por los medios libertarios, queriendo, al mismo tiempo, dejar claras sus convicciones antifascistas, así como el hecho de tener un hijo en el frente, reafirmando así el sacrificio con el que contribuye a la causa de la guerra.

UNA CARTA DE HALMA ANGÉLICO

Se nos pide la reproducción de la siguiente carta:

«Al compañero presidente del Sindicato de Autores (C.N.T.)

Estimado compañero: después de haber estrenado mi obra *Ak y la Humanidad*, con la crítica favorable de las más prestigiosas firmas autorizadas en esta materia, me encuentro sorprendida con una campaña de la Prensa confederal, tan cruel y poco fina que deja al descubierto una intención maquiavélica contra quien en su vida diáfana y revolucionaria supo emanciparse del yugo capitalista. Como mis convicciones antifascistas no pueden estar de acuerdo con el sentir y pensar de algunos señores en cuyas filas milito, mucho le agradeceré me considere baja en el Sindicato que usted tan dignamente preside.

Mientras tanto, debo hacer constar tengo un hijo en el frente desde Julio del 36, con una graduación ganada que le honra y sirve de estímulo a su madre. En cuanto al Sr. Guzmán, sólo una cosa: mientras él cubría espacios en *La Tierra*, yo lo hacía en *Heraldo de Madrid*.

Nada más. Ni Jefin Sousilia (sic), ni su obra, ni yo somos fascistas.

Esperando que otros así lo patenticen, le saluda cordialmente, Halma Angélico. 1-9-1938»
(*La Libertad*, 1-9-1938: 2).

Al día siguiente, *C.N.T.* vuelve a arremeter contra la autora, pero esta vez utilizando la metáfora y firmando el artículo burlescamente con el seudónimo de *Angélica Psiquis*. En los días previos, el autor ya ha tenido tiempo de documentarse y de saber quién es realmente Halma Angélico, y con esos datos en su haber se recrea en plasmar una irónica biografía de la misma, recordando su origen burgués y acomodado.

CUENTO DE TIEMPOS LEJANOS EL YUGO CAPITALISTA

Era fina, graciosa, guapa y frágil. Tenía un aire de sedas de muñeca de lujo y una sonrisa de mansedumbre y de viva luz. Sin fondo perverso, su imaginación novelera la impulsó hacia un ambiente de aventuras y de las aventuras de las mujeres...

Deseaba risas, canciones, galas, riqueza; buscaba flores, perfumes, terciopelos, brillo de gemas, libros preciosos, amistades de selección, conversaciones plácidas como el poético canto de las fuentes granadinas... Estaba enferma de voluptuosidad, de anhelos perezosos y refinados, de caricias fragantes como rosas... Se sentía enamorada de sí misma y en su alma débil cabía lo ascético y lo místico, la generosidad y aun el amor a la pobreza; pero... con esperanza de que alguien lo contase en buenos versos. Era de naturaleza espiritual semejante a la de D'Annunzio, que, en su quinta de Gardone di Garda, entre tapices y pebeteros, desnudo y con la espada al cinto, arrodillado sobre una almuerzo de ceniza, oraba ante una imagen del místico Poverello...

Mata-Hari también estuvo enamorada de sí misma; a cambio de lograr las joyas que le pedía su culto, su egolatría, vendió su cuerpo como mujer y emprendió como espía, a través de las más novelescas situaciones, el camino de los fosos de Vincennes... Nuestra damita no tuvo tan audaz espíritu de aventura; se sentía débil, frágil, temblorosa de timidez... Ana Rúis, que así se llamaba, no pisó plataforma de mayor peligro que las tablas de Apolo. Creyó que allí, en la aparente zarabanda teatral, podría ver trocarse frutos las flores cándidas de su ilusión; y —¡oh, desencanto!— encontró monotonía, rivalidades, codazos, burlas despiadadas, hipocresías... Vio por primera vez los dientes de la aviesa vida. Se halló en el mar, azul de ensueños, amargo de realidades, y hubo de apresurarse a nadar en él. Nadó, nadó, con un espanto, con un miedo de hundirse, que la hicieron enmudecer.

No llegó hasta su frente pálida, ni hasta sus labios lindos, el ala rosa de las aventuras soñadas, pero llegó hasta sus oídos, día tras día, con insultante jactancia, retintín de compra-venta y aire de trato, el sonido de la plata en derroche... Las ilusiones –¡tantas!– disminuían; íbanse escapadas, como las palomas del lugar en que se las maltrata, por el añil lejano de la novelería; y el cerco se estrechaba, se estrechaba... Plazas en asedio, ¡poquitas como Sagunto, Calahorra o Numancia! No tuvo Ana Ríus la valentía de matar sus últimos ensueños; se sintió débil, calculó por vez primera... Vino, al fin, a rendirse, sin amor, con una pena tímida bajo la máscara sonriente de su rostro...

Vivía con un ricachón vasco en una casa de la plaza de la Lealtad... A su lado, ni siquiera con arreglo a su condición pudo vivir. Tuvo hijos. Sin ser esposa ante los ojos del vecindario murmurador, como tal hubo de vivir. Sin sed de amoríos, sintió viva, como en sus años de moza en flor, la de beber en fuentes de borbotones y sol... La entristecía el agua –agua obscura, soterrada– de la vida familiar. Y la veíamos pasar seria, desilusionada, cuando iba a misa a los Jerónimos Reales, con su hija, ya magnífica promesa de mujer, rosada y fresca de ingenuidad todavía, sobre los hombros la gracia de los tirabuzones...

El hogar sin amor, sin libertad ni refinamientos, le torturó el espíritu con su sombra de cárcel. La imaginación se le fue apagando, de tristeza, y para encontrar el soplo capaz de arrancar luz y calor de viva llama de las ascuas en que vino a quedar su pretérita hoguera de pasión y anhelo, leyó, leyó mucho, pidió auxilio a la imaginación ajena. Encontró el encanto morboso de una droga heroica, de unos «paraísos artificiales», en la Literatura, y, en ésta refugiada, sintió la comezón de escribir.

Escribía, no por gusto literario, sino por afán de liberación. Hizo una novela. La hizo con angustiosa tortura espiritual, y, sin embargo, el mundo de codazo y garra la encontró cursi... ¡Cruel! En aquella obra exaltaba a las monjitas y maldecía a los libertarios. Escribió a contrapelo de su sentir –no era pensar–, pues se sentía monja presa y admiraba la para ella inasequible pujanza de los conquistadores de su propia libertad. Al leer la obra se vio autotraicionada; en un arranque de arrepentimiento, la firmó con seudónimo. No le parecía suya, ¡suya!...

Y al hacer la obra pensó en el yugo capitalista que querían sacudir los libertarios. Engañadamente meditó sobre su propia situación. ¿No se había librado ella, una débil mujer, de tal yugo? Tenía casa, trajes, servidumbre, entretenimientos para sus ocios... ¿Qué era eso del yugo capitalista, sino un grosero lugar común de mitin y tabernucha? Pero un día...

Estaban comiendo. Ana Ríus, elegante por propia satisfacción, se sentaba a la mesa familiar como a la de un banquete en el Palace o en el Ritz. Dentro de casa vestía con lujoso gusto. Frente a ella, su... ¿marido? Del que la esposa legal «hizo un mártir a fuerza de sentir celos sin amarle»... A ambos lados, los hijos. Se cayó un tenedor al suelo. Una doncella lo recogió, en seguida, debajo de la mesa. Al levantarse, la sirvienta tenía en los labios la claridad de una levísima sonrisa. La señora lo percibió.

– ¿De qué te ríes?

– De nada, señorita; no me río...

Pero, en la finura de su espíritu, y en la delicadeza de sus gustos y en su sentido infuso de la elegancia, Anita Ríus sintió la punzada dolorosa de una sospecha: la doncella, al agacharse, habría visto los ridículos calzoncillos largos del señor... Y hubo de soportar la burla de aquella sonrisa de la criada, a la que entonces envidió, como en otras circunstancias la hubiera tratado con ira. Los calzoncillos largos del señor... Bajo su dominio, la burla de otra mujer, de una mujer pobre, inculta, fea... ¡Maldición!

Sintió por primera vez, y para siempre, el yugo capitalista, que habría de esclavizar hasta su alma. Considerándose ya, sin remisión, miró a su hija. También era fina, graciosa, guapa y frágil. También tenía un aire de sedas de muñeca de lujo y una sonrisa de mansedumbre y de viva luz... En el corazón de la madre vencida, sujeta al yugo capitalista, hubo sollozos, emoción de lágrimas, y un oscuro miedo murmuró:

– ¡Hija mía!... ¿Te espera mi misma suerte? ¿Te unirá la vida al carro de los poderosos? ¿Qué simio sin alma morderá las flores rojas de tus besos?... Angélica PSIQUIS (*C.N.T.*, 2-9-1938: 1).

El Socialista, el día 2, acusa también recibo de la carta de Halma Angélico enviada al dirigente de la C.N.T., y publica un resumen de su contenido para informar a sus lectores de la actitud tomada por la escritora y explicando las razones de su decisión.

HALMA ANGÉLICO SE DA DE BAJA EN LA C.N.T.

La escritora Halma Angélico nos envía copia de la carta que ha dirigido al presidente del Sindicato de Autores (C.N.T.), en la cual se da de baja en dicho Sindicato por motivos inherentes a la crítica que los diarios confederales han hecho de su obra *Ak y la Humanidad*. En dicha carta, además, Halma Angélico señala circunstancias tendientes a demostrar las convicciones antifascistas que han regido su vida diáfana y revolucionaria (*El Socialista*, 2-9-1938: 2).

La prensa comunista, a través de su órgano *Mundo Obrero*, publica el mismo día 2 un artículo, firmado por *El Mirón*, en el que expone su postura ante las críticas aparecidas en la prensa –el título es explícito–, y resume las diferentes opiniones que ha merecido el estreno: para unos es una obra revolucionaria, para otros pesimista y proclive al desánimo, y para otros es claramente contrarrevolucionaria y estúpida. El articulista no duda de la correcta estructura teatral de la obra, ni de la trayectoria de Halma Angélico y de su valía como escritora, pero deja clara la postura ante aquellos elementos de la sociedad manifiestamente contrarrevolucionarios y que no tienen cabida en la nueva sociedad por la que se está luchando en España.

AK Y LOS CRÍTICOS

Ak y la Humanidad, por un lado. Por otro, Ak y los críticos. Los críticos, que no siempre están de acuerdo, ¿qué dicen, qué han dicho de la comedia de Halma Angélico? Para algún crítico flamante que ha sentido ahora la morbosa comezón de tirarse al ruedo –cualquiera sabe por qué mandato del subconsciente–, *Ak y la Humanidad* es una obra revolucionaria, aunque no de «ese revolucionarismo vocinglero de los primeros días». (Por lo visto, es que a los milicianos que subieron a la Sierra el 18 de julio se les olvidó, para ser heroicos del todo, un pequeño detalle: encargar un «smoking» al sastre del señor Montiel). Para otros críticos, la comedia de Halma Angélico, que no de Jefim Sosulia, es, tal como se presenta a los espectadores actuales del Español, una obra pesimista donde, por debajo de los bellos atavíos literarios, hay la melancólica lección de que ningún sacrificio es útil. Y para un tercer grupo de críticos, en fin, *Ak y la Humanidad* es «una obra contrarrevolucionaria y estólida». ¿Cuál de los tres criterios es el que da en el blanco? Andar con tiento es una buena táctica. Como arquitectura de teatro, *Ak y la Humanidad* no merece un solo reproche. Halma Angélico ha sido siempre una escritora elegante. Políticamente, ¿su obra es también un acierto? Demostración –demostración según Halma Angélico, que conste– de que es imposible obtener por ningún procedimiento selectivo una Humanidad mejor. Un personaje de la obra, un personaje inventado, un personaje que no existe en el cuento original, pregunta al doctor Ak: «¿Vas consiguiendo algo con la Humanidad saneada? ¿Son ahora las criaturas que escoges mejores, más útiles, menos superfluas que nosotros los sacrificados?». Ak, por su parte, se expresa así: «El estudio de las personas aniquiladas me ha llevado a buscar nuevos caminos hacia el

progreso. Vosotros habéis aprendido todo lo necesario para probar, breve y venenosamente, la superfluidad de ésta o aquella existencia. Hasta los más incapaces, los más inútiles, los más malvados, podéis realizar esto de un modo convincente con un par de fórmulas o de motivos». ¿Cuáles son, según Halma Angélico, esas dos fórmulas o esos dos motivos? ¿La revolución, el antifascismo? ¿Nada más que palabras, vagas e inconsistentes palabras? «No se metía en nada; no pertenecía a nada –sigue hablando el doctor Ak–: no le interesaba nada... Como muchos que existen y existirán, ¡Y existirán!». Es decir, que, a pesar de todo, los superfluos, los indiferentes, los que no se meten en nada, seguirán dominando sobre nosotros. Lección de desesperanza si fuese verdad. Pero hay, por lo menos, una parte de la tierra donde el doctor Ak no podría expresarse así: la U.R.S.S. Y hay otra parte de la tierra en que sólo la «quinta columna» figura entre la clientela de Ak: España. Para que eso sea posible, a dos kilómetros de la plaza de Santa Ana, unos hombres silenciosos se juegan la vida cada minuto. Es un azar patético; es un juego a cara o cruz. Por las troneras se ven las líneas de enfrente. Enemigos, centenares de enemigos escudriñan detrás de ellas. Representan a las castas escogidas, representan el ocio y el desdén por el pueblo. Son, en fin, los superfluos del doctor Ak, que no pueden tener asiento en nuestra zona; que habrán de desaparecer de la España libertada, porque son la contrarrevolución. EL MIRÓN (*Mundo Obrero*, 2-9-1938: 2).

El día 3 *Castilla Libre* publica la réplica de Eduardo de Guzmán a la carta de Halma Angélico, escrita como reacción ante la crítica aparecida en sus páginas días atrás.

EN TORNO AL PLAGIO ESPAÑOL UNA RÉPLICA CLARA Y COMPLETA

Algunos periódicos madrileños han publicado ayer una carta de «Halma Angélico», autor nominal de *Ak y la Humanidad*, en la que, como réplica a cuanto sobre dicha obra hemos escrito los periódicos confederales, envía su baja «al presidente del Sindicato de Autores de la C.N.T.». En relación con esto nos interesa hacer constar, brevemente, tres cosas. Las siguientes:

Primero. En la C.N.T. no existe ningún Sindicato de Autores.

Segundo. En los Sindicatos confederales no suele haber presidentes, sino secretarios.

Tercero. En la Sección de Autores del Sindicato de Espectáculos Públicos –al que, sin saberlo, debe querer referirse Halma Angélico– consta su alta con fecha 31 de agosto de 1938. Es decir, veinticuatro horas después de publicar yo, en *Castilla Libre*, el comentario origen de su indignación, y veinticuatro horas justas antes de pedir su baja.

Aquí podría terminar nuestro comentario. Pero es que Halma Angélico, con la grave despreocupación que su obra acredita, aún añade: «En cuanto al señor Guzmán sólo una cosa: mientras él cubría espacios en *La Tierra*, yo lo hacía en *Heraldo de Madrid*». ¿Ha pretendido molestarme con esto? Por si así fuera, me interesa hacer constar que yo no «cubrí espacios», como ella dice, en *La Tierra*, sino que escribí varios centenares de artículos durante unos cuantos años de trabajo intensísimo. Al pie de casi todos puse mi firma. De nada de cuanto escribí tengo que arrepentirme. Y yo desafío a quien quiera a que revise los artículos, con lente o con lupa, a ver si encuentra uno solo que no sea revolucionario del principio al fin.

Pero, por si el intento de molestia no fuera contra mí, sino contra el periódico en que antaño escribí, no estará de más recordarle que muy cerca de la mitad de los que componían aquella redacción –y entre ellos mi hermano Ángel, capitán de Milicias– han caído luchando contra los militares fascistas, mientras el resto, sin una sola deserción, ocupa el lugar que su Organización le designó. Tampoco puede sobrar consignar que muchos de sus colaboradores –Mora, Ascaso, Durruti, Villaverde, Ballester, etc., etc.– dieron su vida por la libertad de

España, en tanto que otros –vivos por fortuna– se cubren de gloria en los frentes de combate. Por último, *La Tierra* murió en la primavera de 1935, asfixiada por la Censura y las persecuciones del bienio negro. *El Heraldo* de aquella época –que no es la de hoy– pertenecía a los hermanos Busquets, negociantes en grasas; estaba dirigido por Fontdevila, concesionario de la publicidad monárquica de la Ciudad Universitaria antes del 14 de abril, que huyó de España al iniciarse la lucha contra los traidores, y en los puestos más destacados figuraban hombres como Chaves Nogales, Vicente y Javier Sánchez Ocaña, Valdivieso y César González Ruano, servidores incondicionales de Franco en la actualidad.

Y nada más. De cuanto escribí sobre *Ak y la Humanidad*, que era lo interesante, no tengo que quitar una sola coma. Si acaso añadir. Dije que la obra merecía ser retirada del cartel inmediatamente por derrotista y contrarrevolucionaria. No conocía yo entonces el cuento de Jefim Sosulia. Pues bien, después de conocerlo afirmo que la obra estrenada recientemente es el plagio cuantos en la literatura española hayan podido cometerse. Eduardo DE GUZMÁN (*Castilla Libre*, 3-9-1938: 1).

Inexplicablemente, Eduardo de Guzmán alude a tan breve militancia de Halma Angélico –sólo 24 horas, algo insólito– en el sindicato anarquista, cuando otras fuentes, como vimos en su esbozo biográfico, desmienten este extremo. Por otro lado, la acusación de plagio, en la que insiste, no puede sostenerse desde el momento en que la escritora deja patente, desde el principio, su inspiración, para escribir su comedia, en el cuento de Jefim Sosulia, como hemos podido comprobar de manera reiterada. En cuanto a la actitud de oponer los antecedentes profesionales y de compromiso de uno y otro, sólo se entienden como una discusión sin sentido ni fin, sólo explicable en el enfrentamiento y la tensión surgidos entre las dos partes por las críticas y acusaciones iniciadas por los dirigentes anarquistas.

El día 3 *ABC* también anuncia las circunstancias de la baja en la C.N.T. de Halma Angélico, según consta en la copia de la carta que les ha remitido a la redacción.

ESPECTÁCULOS

Halma Angélico se da de baja en la C.N.T.

La distinguida escritora Halma Angélico nos remite copia de la carta enviada al Sindicato de Autores (C.N.T.), en la que se da de baja en el mismo por la campaña que la Prensa confederal realiza contra su adaptación de *Ak y la Humanidad* (*ABC*, 3-9-1938: 3).

Finalmente, como resultado de toda esta polémica, el propio *ABC*, el día 4 de septiembre y en la misma página, anuncia la retirada de la obra por orden gubernativa y, por otro lado, la suspensión del diario *Castilla Libre* por infringir, precisamente, la censura de las críticas contra la obra.

GOBIERNO CIVIL

SE PROHÍBEN LAS PROPAGANDAS DE ACTOS PÚBLICOS POR ALTAVOCES EN LAS CALLES. *CASTILLA LIBRE*, SUSPENDIDO.

Ayer recibió a los periodistas el gobernador civil, y les manifestó que le interesaba hacer público que están terminantemente prohibidas las propagandas o anuncios de actos públicos en las calles por medio de altavoces, desde automóviles y toda clase de vehículos. Asimismo dijo que había encargado a la Censura poner término a la campaña periodística surgida con motivo del estreno de la obra *Ak y la Humanidad*, y que, con verdadero dolor, se había visto

precisado a ordenar la recogida y suspensión del diario *Castilla Libre*, por infracción de la censura (*ABC*, 4-9-1938: 5, 1ª columna).

ESPECTÁCULOS
AK Y LA HUMANIDAD, SUSPENDIDA

Por orden gubernativa han sido suspendidas las representaciones de la adaptación escénica, realizada por Halma Angélico, del cuento de Jefim Sosulja *Ak y la Humanidad*, estrenada recientemente, con gran éxito, en el teatro Español (*ABC*, 4-9-1938: 5).

El día 3, pues, es la fecha de la última representación de *Ak y la Humanidad*, comedia de Halma Angélico estrenada en el Español nueve días antes y que, a pesar de la acogida favorable del público y de la mayor parte de la crítica –aun aceptando errores en su desarrollo–, sufrió las consecuencias de un acoso de los medios anarquistas, que la acusaron de plagio y contrarrevolucionaria, y cuyos argumentos iban más allá de lo meramente artístico y teatral, y que afectó, sin duda, a su autora y desembocó en la suspensión final ya comentada de la obra.

3. ESCENOGRAFÍA DE LA OBRA

No queremos finalizar sin dedicar, aunque sea brevemente, unas pinceladas a la escenografía y al autor de la misma, dada su categoría profesional, en consonancia, sin duda, con el resto de los artistas que integraban la compañía. Desgraciadamente no hemos localizado ninguna fotografía de escena que nos dé idea de cómo fue la escenografía de la obra, pero sí sabemos que el escenógrafo fue Fernando Mignoni, cuyo reconocido prestigio se había ido labrando desde el primer momento en que llegó a España.

Mignoni (Lucca, 1884-Madrid, 1971), tras su formación en Italia, emigró a Argentina, donde llegó a trabajar con la Compañía de Pablo Podestá y para el teatro Colón. María Guerrero, concedora de su arte, le propuso venir a España, y Mignoni se instaló en Madrid en 1914. Desde el principio desarrolló una intensa actividad como escenógrafo, colaborando con las principales compañías, entre ellas las de Martínez Sierra, Ricardo Baeza, Francisco Villaespesa, Irene López Heredia, Margarita Xirgu, etc., montando las obras de los autores más destacados: Benavente (*Los intereses creados*), García Lorca (*El maleficio de la mariposa*), Valle-Inclán (*El embrujado*), los Machado (*La Lola se va a los puertos*)...

Durante la guerra, además de los decorados de *Ak y la Humanidad*, Mignoni se encargó de la escenografía de *Miguel Bakunin*, de Merejkowski, estrenada en julio, y de *El juego del amor y de la muerte*, de Romain Rolland, estrenada en noviembre del mismo año y también para la C.N.T.

Las críticas del estreno de *Ak y la Humanidad* son unánimes en los elogios dirigidos a los decorados diseñados por Mignoni y ejecutados por Manuel López en los talleres de escenografía de la C.N.T., como podemos apreciar en cada uno de los periódicos.

A pesar de esta actividad teatral durante la guerra, Mignoni, desde 1930 se dedicó fundamentalmente al cine, de la mano de Benito Perojo, aunque hizo esporádicos trabajos para la escena.

Su trabajo, desde el inicio, se encuadró en la modernidad y la vanguardia, y su nombre va, con frecuencia, asociado a los tres grandes de la escenografía de la época: Fontanals, Barradas y Burmann, con los que colaboró puntualmente.

Se mantuvo en activo hasta los años 50, y su larga trayectoria es una de las más importantes en la escenografía española del primer tercio del siglo XX, siendo Ontañón uno de sus principales discípulos.

4. CONCLUSIÓN

Este caso de «censura», si lo podemos denominar así, resulta especialmente insólito en el panorama teatral, sobre todo teniendo en cuenta el marco bélico en que se produce. Durante los años de guerra, la actividad teatral no se caracterizó, precisamente, por su calidad y esfuerzos de renovación, manteniéndose en la cartelera madrileña una tónica de teatro comercial. Por eso precisamente, el anuncio del estreno de una obra como *Ak y la Humanidad*, escrita además por una autora como Halma Angélico, despertaba ciertas esperanzas que, posiblemente, como hemos tenido ocasión de comprobar, no se vieron cumplidas. Sin embargo, como ya hemos anticipado, no fueron las discutidas cualidades artísticas de la obra el origen de la polémica. Más allá de este aspecto, legítimamente criticable, se vieron enfrentadas dos posturas, seguramente irreconciliables, representadas por la visión de la autora plasmada en su obra, de una parte, y la de los miembros de la C.N.T., de otra, que vieron desde el principio en ella un alegato contrarrevolucionario, aderezando la polémica con la acusación de plagio y apelando al origen burgués de la escritora. Tal vez se vieron reflejados en el personaje de Ak, en las consecuencias de su estrategia y de su maquinaria, en los resultados que se consiguen con todo ello, y no aceptaban la dura crítica que se desprendía.

Robert Marrast, en su interesante obra sobre el teatro durante la Guerra Civil, deja claro que este incidente, por encima de las cuestiones artísticas, venía a demostrar el poder que la C.N.T. había adquirido desde la entrada del nuevo gobierno de Negrín en abril de 1938 (Marrast, 1978: 86).

Probablemente, como apuntaba el crítico de *Política*, si este estreno no hubiera tenido lugar en la fecha en que lo hizo, tal vez la tensión que suscitó no se hubiera producido. Pero lo cierto es que las circunstancias del momento influyeron en la acogida que tuvo. De manera paradójica, la suspensión gubernativa de *Ak*, llevó aparejada otra suspensión, en este caso para el diario *Castilla Libre* por infringir, precisamente, la censura y publicar su virulenta crítica contra una obra que ese mismo día se retiraba de la cartelera madrileña por las presiones recibidas. Esperamos que las extensas referencias hemerográficas aportadas, algunas de ellas inéditas hasta ahora, ayuden a conocer el desarrollo, tanto cronológico como dialéctico, de la insólita y agria polémica en la que se vio envuelto el estreno de la comedia *Ak y la Humanidad*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANGÉLICO, Halma (1938), *Ak y la humanidad. Comedia inspirada en el cuento original del escritor ruso contemporáneo Jefim Sosulia*, Madrid: Aguilar.

- (2001), *Ak y la humanidad*, Madrid: ADE (ed. de Fernando Doménech).
- COLLADO, Fernando (1989), *El teatro bajo las bombas*, Madrid: Kaydeda.
- DOMÉNECH, Fernando, «El teatro en la guerra civil española», en *ADE-Teatro. Revista de la Asociación de Directores de Escena de España* 77, 75-85.
- DOUGHERTY, Dru, VILCHES DE FRUTOS, M^a Francisca (Coord. y edic.) (1992), *El teatro en España: entre la tradición y la vanguardia (1918-1939)*, Madrid: CSIC - Fund. F. G^a. Lorca - Fund. Tabacalera (Tabapress).
- FAGOAGA, Concha (1985), *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España (1877-1931)*, Barcelona: Icaria.
- GÓMEZ DÍAZ, Luis Miguel (2006), *Teatro para una guerra (1936-1939). Textos y documentos*, Madrid: Centro Documentación Teatral (Incluye CD Rom).
- HORMIGÓN, Juan Antonio (dir.) (1997), *Autoras en la historia del teatro español (1500-1994)*. Volumen II. Siglo XX (1900-1975), Madrid: ADE.
- MARRAST, Robert (1978), *El teatre durant la guerra civil espanyola: assaig d'història i documents*. Barcelona: Institut del Teatre.
- MUNDI PEDRET, Francisco (1987), *El teatro de la guerra civil*. Madrid: PPU.
- NIEVA DE LA PAZ, Pilar (1993), *Autoras dramáticas españolas entre 1918 y 1936*. Madrid: CSIC.
- PLAZA CHILLÓN, José Luis (1998), *Escenografía y artes plásticas: el teatro de Federico García Lorca y su puesta en escena (1920-1935)*, Granada: Caja de Ahorros de Granada.
- SOSULIA, Jefim y otros (1930), *Escritores de la Rusia revolucionaria. Veinte cuentistas de la nueva Rusia*. Selección y versión española de V. Orobón Fernández, Madrid: Zeus.
- THOMAS, Hugh (1979), *La Guerra Civil Española*, Madrid: Urbión.